



# Memorias íntimas del Rey de los Detectives

El criminal en el Ejército de Salvación



A la luz de la hoguera veíanse atados fuertemente en una puerta de encina a Sherlock Holmes y Harry Taxon.

F. GRANADA y C.<sup>a</sup>, EDITORES • DIPUTACIÓN, 344, BARCELONA

## LIBROS SELECTOS

- |  |   |
|--|---|
| FERRI (ENRIQUE).—Los hombres y las cárceles. | RALEIGH (TH.).—Política experimental.     |
| • —Ciencia positiva.                         | SCHOPENHAUER (A.).—Los dolores del mundo. |
| FLAMMARION (C.).—Cómo se acabará el mundo.   | SMILES (S.).—La vida y el trabajo.        |
| • —Viajes en globo.                          | TAINÉ (H.).—Las ilusiones.                |
| • —Orígenes de la vida.                      | VARIOS AUTORES.—El instante de la dicha.  |
| LAFARGUE (PABLO).—El matriarcado.            | ZOLA (E.).—Páginas de oro.                |
| MOLINARI (LUIS).—El ocaso del Derecho Penal. | GUSTAVO (SOLEDAD).—Las diosas de la vida. |
|  | ASTORY (A.).—El despotismo del oro.       |

Precio de cada tomo en rústica. . . 4 reales ♦♦ Precio de cada tomo en tela. . . . 8 reales

## BIBLIOTECA DE ENSEÑANZA POPULAR

Constituyen esta BIBLIOTECA manuales de unas 200 páginas, de papel satinado, en 8.º, y la mayor parte de ellos profusamente ilustrados

Reunir en el menor número posible de páginas y poner al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias, las de los niños y las de los obreros especialmente, todos los hechos adquiridos por la ciencia en nuestros días, y los conocimientos todos de las ramas múltiples en que se divide el saber humano en sus vastas y heterogéneas manifestaciones; deducir de aquellos hechos una explicación racional del mundo, de la vida y de las sociedades humanas; exponer con aquellos conocimientos el orden, la armonía, la belleza, la bondad y la verdad de cuanto nos rodea; instruir, en suma, de una manera clara, precisa, general y hoy día indispensable, acerca de todo lo que puede alcanzar la mente del hombre, tal es el objeto de la creación de esta pequeña BIBLIOTECA DE ENSEÑANZA POPULAR. Nuestros manuales deberán formar una verdadera enciclopedia cuyo desarrollo racional y normal, cuyos autores de fama universal, cuyas materias escalonadas con orden lógico, y sobre todo, su índole eminentemente popular y su economía increíble, la harán única en su género y condiciones, y nueva en España y América. La ciencia, desde la evolución de los mundos y el origen de la vida hasta los actuales descubrimientos e inventos que transforman de un modo radical los puntos de vista y opiniones de la humanidad, el arte con sus emociones y bellezas, la moral y el derecho, los cultos y las religiones, los sistemas económicos y las doctrinas sociales, todos los factores en fin, que integran el saber, serán objeto de esta obra colectiva de educación e instrucción, que puede condensarse en las palabras: enseñar deleitando.

La BIBLIOTECA DE ENSEÑANZA POPULAR ha publicado hasta ahora las obras siguientes:

- |   |  |   |
|---|--|---|
| BROTHER (LEON).—Historia de la Tierra.          | FLAMMARION (C.).—A través del espacio.                 | ZAROWSKI (S.).—Los mundos desaparecidos.        |
| DUFUR (L.).—Diccionario de las falsificaciones. | HEXLEY (TOMAS).—Introducción al estudio de la ciencia. | AMIGOS.—Excursiones celestes.                   |
| FERRIERE (E.).—El darwinismo.                   | LEMOYNIER (DR. J.).—Higiene de la cocina.              | ACLOQUE (A.).—Los insectos perjudiciales.       |
| FLAMMARION (C.).—Astronomía popular.            | MEUNIER (VICTOR).—Historia del arte.                   | SERREX y MATHIEU.—El alcoholismo y sus efectos. |
| • —¿Qué es el cielo?                            | PAULHAN (P.).—La fisiología del espíritu.              |   |
| • —Los terremotos.                              | VARIOS AUTORES.—Las estrellas y los cometas.           |   |

Precio de cada tomo en rústica. 50 céntimos → Precio de cada tomo en tela . . 75 céntimos

## CARTAS DE AMOR

== PARA LOS ENAMORADOS ==

SUMARIO DE ESTE LIBRO:

Declaraciones.—Quejas.—Despedidas. Reconciliaciones.—Rupturas.—Cartas de amor.—Modelos sacados de los mejores autores.—Pequeño vocabulario ó manual de escribir una carta con flores, el más fácil de los conocidos.—Tabla de fiestas ó calendario de los amantes.—Máximas y pensamientos sobre el amor y los enamorados, de los mejores escritores.—Nueva y verdadera clave de los sueños.

Un tomo, 50 céntimos

Dr. R. DUPUY

## LA VÍSPERA DE LA BODA

Conocimientos necesarios al hombre y á la mujer antes de casarse.—Condiciones que deben reunir los cónyuges.—La noche de bodas.—Los placeres del amor. Excesos amorosos y males que producen. Higiene de los órganos sexuales.—Toca-do secreto.

Un tomo, 50 céntimos

V. SARDOU

## LA PERLA NEGRA

Esta novela del célebre escritor Sardou trata del descubrimiento de un aparente delito, cuyo supuesto autor, condenado por la ley, se ve al fin libre, gracias á las investigaciones científicas de un hombre ilustrado.

Un tomo, 50 céntimos

823.91  
D598.99  
P47  
v. 11  
no. 47

# El criminal en el Ejército de Salvación

## CAPITULO PRIMERO

### Un crimen misterioso

Difícilmente se encontraría país en que abundaran tanto las instituciones benéficas de todas clases como Inglaterra.

El estoico inglés que contempla con sorprendente impasibilidad cómo un hombre muere en mitad del arroyo ya por falta de alimento, ya por decaimiento y hastío de la vida, ese mismo inglés se deja robar sin protesta por tantas y tantas sociedades y colectividades, todas encaminadas á un fin benéfico. Así se comprende que hayan podido fundarse hospitales y asilos para enfermos, asilos para niños abandonados y para viciosos, instituciones para muchachas caídas en el fango del vicio, albergues para los licenciados de presidio, y otros muchos de las más variadas especies.

Entre todas esas instituciones sobresale una cuyos éxitos han sido verdaderamente colosales; es la llamada «Ejército de la Salud», que inmigró en Inglaterra procedente de América.

Es preciso haber visitado los locales de esa sociedad y haber estudiado siquiera someramente sus principios disciplinarios y su organización parecida un tanto á la militar, lo que le valió mil burlas al principio,

para saber apreciar el trabajo que realiza la institución. Hoy es en la capital de Londres donde está instalado el cuartel general de la sociedad de referencia, y las propiedades con que cuenta en la misma ciudad representan un valor de muchos millones.

En los arrabales de Londres, hacia el oeste, se levantaba gigantesco é imponente el edificio destinado á asilo para hombres y mujeres sin albergue.

Nos encontramos en pleno invierno.

Durante todo el día había caído una lluvia fina mezclada con pequeños copos de helada nieve; los infelices harapientos que esperaban ante la puerta del benéfico asilo, estaban calados hasta los huesos y ataridos.

Por fin dieron las siete; al sonar la última campanada, abrióse la puerta y con un orden sorprendente empezaron á entrar sin alterar absolutamente el turno que, según habían llegado, les había correspondido. La gran parte que quedaron en la calle, por falta de cabida, fueron invitados enérgicamente por la policía á dispersarse.

Los que habían tenido la suerte de ser admitidos

en el benéfico establecimiento, hubieron de ponerse en fila en la gran antesala donde un caballero que ostentaba el título de oficial del singular ejército de la salud, les dirigió un breve discurso, diciendo que dentro del establecimiento estaba terminantemente prohibido hacer uso de bebidas alcohólicas, y que el que llevase algún tarro ó frasco con ella, debía entregarlo inmediatamente si quería conservar el derecho de permanecer en el albergue.

Además se invitó á los que tenían la cara y cuerpo sucios á bañarse, y, finalmente, se amenazó con la expulsión del establecimiento, al que se atreviera á armar ruido ó á portarse mal. Después de esto les hicieron pasar á los vastos dormitorios, donde podían acomodarse en camas de hierro con una especie de somier de colchambre que hacía al mismo tiempo las veces de colchón.

Los guardias designaron de entre los reclusos, los más jóvenes y fuertes de cada una de las salas para mandarlos á la cocina, situada en los subterráneos, y subir una enorme vasija llena de humeante sopa como también los utensilios necesarios para comer.

Cada uno de los alojados recibió una ración de sopa y un bizcocho.

Otro tanto ocurría en el departamento de mujeres, con la sola diferencia de que así como en la sección de hombres pronto quedaron todos sumidos en profundo sueño, en la de aquéllas seguía la animación.

Fijémosnos en uno de los departamentos reservados al sexo débil: era una sala espaciosa y bien ventilada, en cuyo ángulo derecho se encontraba la puerta que comunicaba con una escalera.

Las hileras de camas no solamente se extendían á lo largo de los muros, sino también en el centro de la sala, donde había dos hileras, de tal manera dispuestas que las cabeceras correspondientes á una de las filas estaba á muy corta distancia de la de la otra fila.

La cama más cercana á la puerta, estaba ocupada por una pobre mujer con un niño de muy corta edad.

A aquella cama acercóse, en el momento en que la encargada de la sala había salido, una anciana que sentándose al lado de la pobre madre, que parecía es-

tar enferma y sumamente débil, hablóla en voz muy baja:

—Es una falta imperdonable—murmuró la vieja,—es una falta de consideración incomprensible, que aquí no se tengan consideraciones. Usted, con ese tierno niño, tendrán mucho frío aquí junto á la puerta. ¿Por qué no pidió usted una cama de las del centro de la sala?

—Es la primera vez que estoy aquí—contestó la buena mujer,—y además he creído que no tenemos derecho á quejarnos; al contrario, que debemos mostrarlos agradecidas por lo que aquí se nos da.

Nosotros, Bunny y yo, hubiéramos tenido que pasar la noche al aire libre si no hubiésemos encontrado este refugio.

—¡Vaya un refugio; una cama cerca de una puerta! Este es el peor sitio de la sala; lo sé por experiencia.

—Pero á pesar de todo se está aquí mil veces mejor que en la calle.

—No digo lo contrario, pero... Voy á hacerle una proposición:

Mi cama está allí, en el rincón, y estoy dispuesta á cambiar con la de usted; las dos estaremos mejor; usted con su pequeño, cerca de la estufa; yo, en cambio, no puedo dormir allí; tengo demasiado calor. Yo necesito el aire fresco para dormir. ¿Quiere usted hacerme el favor de cambiar? Pero hay que proceder rápidamente, antes de que venga la guardiana.

—Si supiera que no se perjudica usted con el cambio... Ya sé que no se encuentra usted mal en su sitio, sino que tiene compasión por el pobre niño...

—No hay que hablar de esto. Hablaremos más mañana—murmuró la anciana.

Un momento después se había efectuado el cambio.

Cuando la guardiana volvió á cruzar por la sala, llevando algunos trapos, en la cama contigua á la puerta había una anciana, al parecer, dormida.

A las diez en punto se apagaron las luces, salvo una colocada en la parte superior de la puerta, y á poco reinaba en la sala el más profundo silencio...

Una hora había transcurrido. Solamente los suspiros de las dormidas y los silenciosos pasos de las que tenían á su cargo la vigilancia, interrumpían á intervalos el silencio de la noche.

luego bajó de la cama y se acercó á la que estaba más cerca de la suya. La mujer que la ocupaba estaba profundamente dormida.

La vieja entonces empezó su trabajo tan rápido como horrible. En la mano brillaba un arma de forma parecida á un puñal. Un golpe perfectamente calcu-



De repente la anciana que de una manera tan desinteresada había ocupado aquella cama, levantó lentamente la cabeza; examinó la espaciosa estancia; sus ojos fulguraban.

Todo estaba tranquilo, todo el mundo en la sala dormía. La guardiana acababa de salir para no volver hasta dentro de veinte minutos, al dar otra ronda.

¿Sabía esto la anciana? Seguramente, porque no había dormido aún.

Procurando no hacer ruido apoyóse en los codos,

lado, el estremecimiento convulsivo de un cuerpo herido en medio del corazón, y luego... otra vez el reposo...

Apresuradamente registró la vieja los vestidos de su víctima, volviendo luego á su cama.

Escuchó un instante, y después de cerciorarse de que nadie se acercaba, saltó de la cama, arrastróse por el suelo hasta la puerta, y pronto había desaparecido en la escalera.

Con cautela llegó á la planta baja. En el vestíbulo

sólo ardía una luz como en los dormitorios. La vieja parecía insensible al frío; su único deseo era salir del benéfico establecimiento cuanto antes.

Llegó á la puerta sin haber sido vista por nadie. Descorrió el cerrojo, pero bien pronto una maldición daba á entender que un obstáculo venía á oponerse á sus planes.

—Cerrada; naturalmente; ya me lo figuraba—mur-

muró;—hasta en esta casa cuyos habitantes nada tienen que temer, se cierran las puertas durante la noche.

Llevó la mano al bolsillo y apareció una llave falsa. Después de breves momentos de trabajo, oyóse un ligero chîrrido y la puerta quedó abierta.

Con una habilidad impropia de una anciana, la fugitiva atravesó la calle; un minuto después había desaparecido completamente en la obscuridad y la niebla.

## CAPITULO II

## El ojo de Sherlock Holmes

—¿Pero ha visto usted, mister Holmes, cosa más singular? No creo que esté lejos el día en que nos llamen á un asilo de recién nacidos para evitar que uno de ellos asesine al otro.

¿Y le parece á usted poca pretensión la de esos señores, que no se contentan con exigirnos que descubramos al autor del homicidio, sino que les digamos también los móviles que pueden haberlo inducido?

¿No hay para volverse loco de remate ante este asesinato? ¿Qué puede haber poseído, qué riquezas pudo atesorar ó qué herencia podía legar esa infeliz asesinada para dar motivo á un crimen tan inexplicable?

¿No le parece á usted, mister Holmes, que esto puede haber sido obra de un loco?

Así habló el inspector de Scotland Yard al gran detective, que por pura casualidad había ido á visitarle, cuando aquél había recibido la noticia del crimen cometido en el albergue, y que conocemos ya.

Los dos se encaminaron al asilo.

Mientras el inspector formaba mil combinaciones para encontrar al hecho una explicación racional, Sherlock Holmes inclinóse sobre la muerta á la que habían dejado en la misma posición que fué encontrada.

Cuando mister Gordon se volvió un instante, Sherlock Holmes llevó rápidamente la mano al bolsillo de la víctima y de él al suyo, al tiempo que una imperceptible sonrisa se dibujaba en su semblante.

—Aquí es imposible llegar á un resultado—volvió á decir el inspector Gordon.—Nadie conoce á la muerta; ¿cómo vamos á adivinar el móvil del crimen? ¿Cómo es posible encontrar al asesino en estas circunstancias?

Verdad es que aquí declaran varios de los alberga-

dos que una vieja que desapareció del asilo durante la noche, debió cometer el crimen; verdad es también que la joven madre que convino con esa vieja el cambio de cama, nos da la descripción de la sospechosa, pero esa descripción es la que puede darse de mil viejas; es como todas las indigentes que pululan por la capital. ¡Valientes datos!

—Mister Gordon; está usted de un humor de perros—exclamó Sherlock Holmes cuando había terminado su examen.

—Apuesto el pellejo á que ni el mismo diablo es capaz de conservar su serenidad ante tales enigmas. Exigen de mí que desentrañe los misterios de este laberinto de vaguedades, y que á toda prisa entregue al culpable á los tribunales. ¿Cómo he de hacerlo, amigo? ¿Piensan acaso que el inspector Gordon es el *homo sapiens*?

Comprendo que usted esté siempre satisfecho y de buen humor, mister Holmes. Usted trabaja por su cuenta y no se ocupa más que de aquellos casos en que se puede hacer algo. Además tiene usted suerte, y claro, todo el mundo se hace la boca agua alabando al gran detective, al paso que si alguna vez sufre usted un descalabro, el viento se lo lleva; nadie se acuerda de esto.

—Por Dios, señor inspector; no hay para tanto. Scotland Yard sabe sobradamente que es usted un funcionario de todas prendas, de relevantes cualidades, aunque, por lo que se refiere á este caso, tal vez pueda hacerle algunas indicaciones.

—¿Usted?...

Esta pregunta fué hecha con acento tan desconfiado y la mirada que la acompañó, tan dudosa, que el detective no pudo reprimir una sonrisa.

—Yo, sí, señor, y no hay que admirarse; ya sabe usted que una gallina ciega encuentra de vez en cuando algún grano.

El inspector, que por esta contestación había comprendido que su pregunta podía ser ofensiva, se apresuró á decir:

—Perdone, mister Holmes; hemos convenido en que estoy de mal humor.

—Usted no puede ofenderme, mister Gordon; al contrario, será para mí muy grato poder facilitarle su gestión.

—¿Pero usted podrá...?

—Así lo creo. Usted se queja de que no sabe quién es la víctima, ni cuál el móvil del crimen. Pues bien; aun cuando no podré indicarle el nombre de esta mujer, tal vez pueda decirle algo sobre su ocupación, y también sobre el motivo del asesinato.

Después de estas palabras que Sherlock Holmes pronunció con la sonrisa en los labios, se produjo una pausa, durante la cual el inspector le estuvo contemplando fijamente. No estaba seguro de si el gran detective le hablaba en serio ó si quería burlarse de él. ¿Tendría aquel hombre un don especial de que carecían los demás mortales? ¿Sería posible que hubiera descubierto algo que había pasado inadvertido á su observación?

Sherlock Holmes había adivinado los pensamientos de su interlocutor.

—¿Duda usted de mis palabras, mister Gordon? Pues hace usted mal; debería saber que no acostumbro á chancearme en momentos tan serios.

—Pero, en fin; ¿es cierto que ha hecho usted algún descubrimiento?

—Pienso que sí.

Sherlock Holmes inclinóse entonces sobre el inanimado cuerpo, y poniendo el pecho al descubierto, preguntó señalando algunas cicatrices:

—¿Ve usted esto?

—Ciertamente; son heridas cicatrizadas, pero esto no puede extrañar ni significa nada en esa gente.

El gran detective descubrió también la parte infe-

rior del cuerpo, observando que en los muslos había cicatrices parecidas.

—¿Y aquí, señor inspector?

—Pues aquí lo mismo que allí.

—Por esta vez está usted equivocado, señor inspector. Lo que vemos aquí son las huellas de las garras de fieras. Por lo tanto, puede suponerse con alguna seguridad que la muerta era domadora de fieras, y que ha trabajado como tal hasta hace muy poco tiempo.

El efecto que estas palabras produjeron en el inspector, asombrado, divertía al gran detective, que prosiguió sin vacilar:

—Y con alguna certeza puede presumirse que se trata de un asesinato impulsado por el robo. La autora, ya que suponemos que fué una mujer y no hombre, vestido de tal, sabía exactamente lo que había de encontrar encima de la víctima.

El crimen estaba bien meditado y preparado.

La admiración del funcionario de Scotland Yard iba en aumento.

Sherlock Holmes inclinóse de nuevo sobre la muerta, y dijo:

—Vea usted aquí, mister Gordon, la señal más cierta, en el sucio cuello. Fijese usted en una línea más blanca que procede, seguramente, de un cordón, quizá de cuero. La muerta llevaba algún objeto pendiente del cuello. La falta de ese objeto y esta mancha en el pecho, hacen suponer que el asesino persiguió á su víctima hasta este establecimiento, asesinándola para apoderarse de ese objeto.

—Sus suposiciones pueden ser acertadas, pero ¿cómo quiere usted rechazar la posibilidad de que la muerta se hubiera desprendido del objeto en cuestión, ya antes de ser agredida?

Por toda contestación, señaló Sherlock Holmes una pequeña herida en el cuello, que apenas había sanado.

—El puñal del asesino ha cortado la cuerda en este lugar, haciendo un pequeño corte en el cuello. ¿Quiere usted más pruebas?

Nada podía ya objetar el inspector.

—Y con todo ello queda una vez más demostrado

lo que tantas veces le he dicho ya, mister Holmes; que tiene usted ojos diferentes á los demás. Viendo trabajar á uno, hay motivo para dudar de las facultades de usted y hasta renegar de la profesión. Yo he examinado el cuerpo de la difunta antes que usted. ¿Por qué no he descubierto yo lo mismo que ha visto usted?

—Usted ha visto lo mismo que yo, señor inspector.

—Seguramente, y eso es lo que me llama la atención. Usted no ve más que nosotros, pero sabe usted adivinar.

Con esto terminó el examen del cadáver.

Después de despedirse del inspector, Sherlock Holmes dirigióse á Bakerstreet.

Harry Taxon se apresuró á decir á su maestro que mistress Bonnet, la digna ama de llaves, le estaba esperando con impaciencia.

La vieja mujer estaba enojada porque el gran detective había olvidado de tomar el excelente rostbeef.

Sherlock Holmes sacó un papelito del bolsillo, y se sentó ante su escritorio, examinándolo con marcada atención. Era un trozo de una carta, muy viejo y mugriento, en el que se veían algunas palabras, pero la escritura era poco menos que ilegible.

Llegada la noche, el gran detective estaba aún estudiando el contenido del misterioso papelito. A juzgar por el interés con que procuraba descifrarlo, debía esperar encontrar allí la clave del asesinato cometido en el benéfico establecimiento.

## CAPITULO III

## Nuevos enigmas

Mister Gordon, el jefe de la sección de lo criminal de Scotland Yard, se paseaba inquieto por su elegante despacho.

Siguiendo su costumbre, dirigía frecuentes apóstrofes y recriminaciones á algún individuo presente, según parecía, pero en realidad, invisible. Gordon estaba descontento de sus subordinados, pero esto no era nuevo.

Un ruido hacia la puerta fué á interrumpirle en su soliloquio.

—¡Adelante!—exclamó, apareciendo en la puerta un agente que quedó cuadrado esperando que su superior le preguntara.

—¿Qué hay, Neebles?

—Ahí está mister Sherlock Holmes, que desea hablarle un momento.

—Dos, si es preciso. Por lo menos ese es un hombre que piensa y que no se queda con la boca abierta, como si acabara de llegar de Babia en tren expreso, como ustedes. Si desea usted, Neebles, que vaya yo á hacer pasar á mister Holmes, no tiene usted más que decirlo. Y si le parece bien, mandaré que le pongan aquí una cama para que pueda usted descansar de las fatigas... ¡Demonio! acabaré por echaros á todos á la calle.

Neebles, que hacía ya mucho tiempo que estaba al servicio del inspector, conocía sus particularidades, y sabía que á pesar de sus maneras bruscas, el inspector hacía cuanto podía para sus empleados, y que interiormente se sentía orgulloso de su buena organización.

Más de veinte veces cada mes tenía que oír Neebles que le mandarían al diablo, por lo que ningún caso hacía ya de las observaciones de su jefe.

Salió sin replicar, y un momento después aparecía mister Holmes en el despacho.

—Acérquese y siéntese, mister Holmes. ¡Cuánto me alegro de ver por fin á mi lado á un hombre razonable, si bien ese hombre tiene también una gran falta!

—¿Quién no las tiene?—replicó sonriendo el gran detective.

—Verdad es; yo también las tengo, pero, sin embargo, nunca he sido tan estúpido como lo son ahora todos los empleados de este instituto. Al hablar de una falta suya me he referido á su obstinada negativa de no querer ingresar en nuestro cuerpo. Nos hace falta un hombre como usted, y también sería muy ventajoso para usted mismo.

Sherlock Holmes, que no creía pertinente entrar en detalles sobre este asunto, preguntó tranquilamente:

—¿Ha tenido usted algún disgusto, mister Gordon? En este caso preferiría volver más tarde para encontrarle de mejor humor.

—Quédese usted aquí, mister Holmes; esperaré usted hasta mi muerte si quisiera encontrarme á su gusto. ¿Cómo quiere usted que tenga buen humor con tantos sinsabores? Ayer asesinaron á otro cochero, y con él van veintitrés en seis semanas; ahora, el crimen del albergue... No hay manera de dormir tranquilo. Esos malditos periodistas, á quienes todas las iras de Satán confundan, tienen razón; nuestro personal no está á suficiente altura, y no merece lo que se le paga. ¡Ah! pero hoy les he tirado de las orejas; ya verá usted cómo ahora se mueven. ¡Lástima que nuestro Pelham haya sucumbido á manos asesinas cuando precisamente estaba trabajando para descubrir al criminal!...

Sherlock Holmes estaba asombrado de encontrar al inspector tan comunicativo, á pesar de la reserva en que se encerraba por costumbre.

—Pero vamos á ver, mister Holmes; supongo que habrá usted meditado sobre esos casos. ¿Cuál es su opinión? ¿Quién puede ser el asesino que se hace conducir por un cochero á un arrabal algo apartado de la ciudad, matándole luego con la misma tranquilidad y seguridad que lo haría una cocinera con una inocente gallina? El criminal les mete luego en el coche y les abandona. ¿Qué misterios son esos? Debe tratarse de un gigante, de un coloso, porque entre los cocheros muertos, los había fornidos, y hay que suponer que se hubieran defendido á haber tenido tiempo para hacerlo.

Nuestro agente Pelham se había proporcionado un coche y montó en el pescante para coger al misterioso asesino, por lo que es de presumir que desconfiaba de todo el mundo y, sin embargo, él también ha caído bajo el puñal asesino. Ni en Pelham ni en los demás se ha podido descubrir huella de lucha. ¿De qué manera consiguen matarles el miserable?

Supongo que habrá usted meditado sobre el asunto; me gustaría conocer su opinión.

—Naturalmente que he meditado, mister Gordon y creo haber encontrado, ó por mejor decir, creo que mis ayudantes Harry Taxon y el pequeño Wang han descubierto una pista.

Mister Gordon dió un salto y contemplando un momento á su visitante, exclamó:

—¿Conque usted descubre pistas y nos oculta sus descubrimientos? ¿Cree usted, mister Holmes, que este procedimiento es equitativo?

—Me juzga usted mal; no he tenido la intención de guardar reserva sobre mis descubrimientos. Ha sido esta mañana cuando Harry Taxon me ha traído noticias de importancia, que si lo desea usted, estoy dispuesto á transmitirle.

—¿Que si lo deseo me pregunta usted? Hace semanas que estoy esperando recibir una noticia para empezar á trabajar en el asunto.

—No sé, mister Gordon, si sus empleados se han

fijado en que todos los cocheros asesinados, tenían ciertas particularidades comunes, cuando menos, una; los números de los coches cuyos conductores han sucumbido, tenían algo de común entre ellos.

—¿Qué hay de particular entre esos números, mister Holmes?—preguntó Gordon interesado.

—Que todos ellos tienen dos treses y un cero. Tengo aquí—prosiguió el gran maestro sacando una libreta de apuntes—anotados todos los números. El primer coche, cuyo cochero fué encontrado muerto, con el corazón atravesado, tenía el número 13,038, el segundo, el 33,091, el tercero que fué encontrado al extremo de Regent-Park, estaba señalado con el número 10,733, y como éstos, tienen todos los demás números, dos treses y un cero.

Mister Gordon tomó el librito de la mano del detective; al devolverlo luego, exclamó:

—Hay que convenir en que tiene usted razón, suponiendo, naturalmente, que esos números estén bien tomados, de lo que no dudo, pero no puedo comprender, mister Holmes, la importancia que puede tener este defálte, que, por más que sea una vergüenza decirlo, fuerza es confesarlo, no ha sido observado por mis empleados.

—Mister Gordon; este descubrimiento tiene la ventaja de hacer suponer que el asesino, que ciertamente comete esos delitos con un fin determinado, busca algo en sus víctimas, y sabe que sólo puede encontrarlo en los coches que llevan los fatídicos números. Un descubrimiento de Harry Taxon viene á corroborar esta mi suposición.

—¿Cuál es ese descubrimiento?

—¿No le ha llamado la atención que todos los asesinados llevaban barba al estilo del rey Jorge y que eran zurdos, es decir que llevaban el látigo en la mano izquierda?

Mister Gordon descargó un violentísimo puñetazo encima de la mesa, y enrojeció de cólera.

—Siempre lo he dicho—gritó.—Mis empleados no sirven para nada. Ninguno sabe fijarse en los detalles de valor... trabajan mecánicamente y dejan que les escape de la mano la posibilidad del éxito.

Y diga usted, mister Holmes; ¿ cree usted que todos los cocheros han tenido esas características de que usted habla?

—No puede dardarse. El infeliz Pelham debe su muerte á la fatal coincidencia de haber escogido un coche con los números que he dicho y á llevar la barba al estilo del rey Jorge; además era zurdo...

Pero es posible que él también hubiera descubierto esos detalles y que hubiera escogido el coche con toda intención.

—Sin duda; ese Pelham era un buen policía y muy listo, y debía haber observado los mismos detalles.

El inspector Gordon hacía cuanto le era dable para dejar á salvo el honor profesional y comprendiéndolo así, repuso Sherlock Holmes con indiferencia:

—Tenemos, pues, dos detalles de importancia; que el asesino busca algo y que sabe ha de encontrarlo en el cochero de alguno de los coches que tienen los con-sabidos números, que usa barba de la manera de referencia y que es zurdo.

—Justo, justo; ya tenemos un camino en este asunto y lo que desearía sería encontrar otro para el asesinado del albergue.

—¿ Y si le dijera á usted que también lo tengo?

—¿ Usted... usted tiene... usted lo tiene?

—Creo poder afirmarlo.

Como usted sabe—prosiguió el detective,—estaba yo presente cuando le dieron á usted la noticia del crimen; fui con usted al benéfico asilo y descubrí algunos detalles que podían dar alguna luz sobre el esclarecimiento del hecho. Pues bien; además de ello, he venido á deducir lo siguiente:

Que no es imposible que la misma mano que arrebató la vida á la infeliz en el albergue, haya asesinado á los veintitrés cocheros, pues la herida es exactamente la misma en todos los casos. Además he podido identificar la persona de la difunta, y ello me permite suponer muy fundadamente que el asesino de ésta y de aquéllas es el mismo.

La muerta se llamaba Mai Pierson, contaba cuarenta y dos años y era domadora de fieras. Ha traba-

jado muchos años en diferentes colecciones y había eno-nimizado una buena fortuna.

Prometida con el caballero del circo donde trabajaba, casó con él y nada venía á turbar la paz del matrimonio. Los jóvenes desposados fueron á establecerse en Londres, donde con el dinero de la mujer, el marido instaló una cochera, pero pronto mostró su verdadero carácter y pocos años le bastaron para derrochar la fortuna de su esposa. Tuvo que cerrar el negocio, sufrió descalabro tras descalabro, y finalmente tuvo que actuar de cochero en una parada de coches de alquiler.

Puedo decirle también que el hombre en cuestión usaba barba, estilo rey Jorge, que era zurdo y que el coche que conducía últimamente llevaba el número mil treinta y tres.

Entonces Gordon, que había escuchado atentamente, dijo:

—¿ Pero qué diablo! todos mis empleados han estado estudiando estos casos, y ni una jota han sabido averiguar. En cambio usted... pero usted perdone, mister Holmes. Ahora recuerdo que ha venido usted á verme por otro motivo. Ya le he entretenido demasiado. Dígame, ¿ en qué puedo servirle?

—He prometido ocuparme del asunto Park Lyon y me veo en la necesidad de emprender un viaje á Munich, en Alemania, mas como usted sabe, las autoridades alemanas exigen muchas formalidades á los detectives extranjeros; así es que he venido para...

—Ya sé, mister Holmes, ya sé. Naturalmente estoy á sus órdenes, si bien hubiera preferido que se quedara usted aquí para ayudarnos en nuestras investigaciones.

Gordon esperaba, seguramente, que Sherlock Holmes accedería á sus deseos y que no saldría de Londres, pero sufrió un gran desengaño cuando oyó las siguientes palabras:

—Desgraciadamente no me es posible complacerle. El asunto Park Lyon se encuentra en un estado que exige proceder con toda urgencia.

Al regresar á su habitación, ni Harry Taxon ni

Wang, el pequeño chino que desde algunos meses era también su discípulo, estaban en casa.

Mistress Bonnet no pudo decirle más sino que habían llamado por teléfono, y que Taxon acompañado de Wang, habían salido hacía aproximadamente una hora.

—Pero ha de saber usted, mister Holmes—prosiguió la buena mujer,—que con ese Harry Taxon ya no se puede vivir. Se va volviendo insoportable, especialmente desde que ese amarillo, ese chinito está en casa. Aquí ya no hay manera de vivir tranquilo ni seguro.

Figúrese usted, mister Holmes, figúrese usted de cuanto son capaces esos endemoniados chiquillos; ayer colocaron una plancha de madera detrás de la puerta, el vagabundo amarillo trazó un círculo en el centro y con esos raros cuchillos de que siempre lleva dos en los bolsillos, empezó á tirar al blanco. Verdad es que aún que no siento ni pizca de simpatía por ese chinito, he de admirar su destreza, pues siempre acertaba en el centro del disco; hubiérase dicho que el cuchillo no podía clavarse en otro punto.

Harry Taxon, que naturalmente, no quiso ser menos que su compañero, tomó también los cuchillos y venga usted, haga el favor de mirar detrás de esa puerta y verá lo que esos holgazanes han hecho.

Sherlock Holmes se acercó á la puerta, pudiendo convencerse de que, en efecto, en ella había algunas señales de la punta del cuchillo.

—Voy á tener qué hablar en serio á ese Taxon—exclamó el detective fingiéndose enfadado. La digna mistress Bonnet se dejó engañar como tantas otras veces.

—¿No es verdad que es una lástima y una vergüenza pasar el tiempo con esos entretenimientos que á nada bueno conducen? Pero yo sé un remedio al mal, mister Holmes. Yo sé cómo hay que hacerlo para cortar de raíz estos abusos. ¿Sabe usted qué voy á hacer?

—No he llegado aún á adivinar el pensamiento ajeno; de manera que si no me dice usted cuáles son sus intenciones, no las sabré y espero que lo haga usted inmediatamente.

El ama de llaves se acercó al oído del detective, y le dijo en voz baja como si hubiera en la habitación alguna persona que no pudiera oír la gran revelación:

—Pues he mandado á Tom, que viene siempre á pedir limosna y al que confío algún encargo, que me traiga una sierra para aserrar esa plancha. ¡Ya verá usted qué cara van á poner ese par! Yo les demostraré que tales abusos no se cometen en una casa decente.

—Yo en su lugar pensaría la cosa antes de hacerla, mistress Bonnet. ¿No se le alcanza que esto puede salirle muy caro?

—¿Por qué ha de salirme caro?

—Pues yo calculo que cuando ya no tengan plancha sobre que tirar, tirarán sobre la puerta, y ya comprenderá usted que voy á hacer pagar la puerta al culpable; y el culpable en este caso, sería usted. Ya ve usted como la bromita puede costarle algunas libras esterlinas.

He dicho que tendría que hablar en serio á Harry, pero no por la puerta, sino porque á pesar de tener un notable profesor en Wang, quien ha viajado con una compañía de fakires, no ha adquirido aún la misma habilidad. Si quita usted la madera y tiran sobre la puerta, usted y nadie más será la responsable.

—¿Es decir que á usted le gusta ese maldi... quiero decir ese peligroso juego?

—Es natural. El saber tirar con el cuchillo es una buena práctica, proporciona seguridad al ojo y al pulso y esto vale mucho. Además, un cuchillo manejado por una mano tan hábil como la de Wang, es un excelente medio de defensa y de ataque. Por eso no he prohibido nunca ese juego.

Mistress Bonnet no se daba por convencida.

—Ah, pero no sabe usted lo peor, mister Holmes—exclamó la anciana,—y estoy segura de que cuando lo sepa usted todo, pensará de otra manera sobre esas bromas.

—Dígame qué es lo peor, pero dese prisa porque hemos hablado demasiado y tengo que tomar el tren. ¿Qué es lo que tiene usted que decirme?

Mistress Bonnet se puso en jarras. El detective, que

conocía á fondo á su sirviente, comprendió que se preparaba á dar un golpe decisivo:

—Voy á decírselo en pocas palabras:

Figúrese usted que hace pocos días, entré de súbito en la habitación donde se divertían con los cuchillos, y ¿qué creerá usted que ví? Harry Taxon estaba delante de la madera con los brazos en cruz mientras que Wang, ese hombrechillo despreciable, tiraba sobre Harry que permanecía inmóvil. Cuando yo entré había gran número de cuchillos clavados en la madera, y cuando por fin Harry abandonó su postura ¿qué creerá usted que ví?

—Seguramente el contorno de Harry dibujado por los cuchillos de Wang.

—Justo. ¿Y á esto tampoco tiene usted nada que objetar?

—Al contrario. Me satisface que Harry haya dado esa prueba de valor y serenidad. Wang no le hará nada malo. Además esto me demuestra que han llegado á ser buenos amigos á pesar de que antes se disputaban á menudo.

—No comprendo cómo da usted tanta importancia á eso; pero aun he de preguntarle qué le parece de lo que hizo el infame Wang; cuando le amonesté para que dejara sus juegos anticristianos, tuvo la ocurrencia de decirme sin reparos, que me pusiera yo en el sitio de Harry Taxon para dibujar también mi cuerpo á cuchilladas... ¿Y ahora, qué dice usted?

Comprendiendo Sherlock Holmes que mistress Bonnet estaba muy próxima á enfadarse en serio, no quiso excitarla más; y como, por otra parte, no tenía tiempo que perder, contestó tranquilamente y en tono reconciliador:

—Ya me figuro que no habrá usted accedido á la pretensión del muchacho.

—¡Ah! ¿me cree usted tan estúpida de hacer cosa parecida? ¿Cómo iba á prestarme á servir de meta á un hombre como Wang?

—Sin embargo, es lástima, mistress Bonnet, que no haya usted aprovechado la ocasión para curarse el asma de una manera radical.

El golpe era acertado.

Mistress Bonnet, sufría, en efecto, de aquella dolencia, lo que no era sorprendente dada su corpulencia, pero no le gustaba hablar de su enfermedad, contra la que ensayaba todos los medicamentos y pócimas. Bastaba que un curandero le indicara un nuevo remedio para que se apresurara á comprarlo.

Así, pues, la buena mujer quedó sorprendida al oír hablar á Sherlock Holmes de su enfermedad que había procurado tener secreta, tanto más, cuanto que según aquél, se le había escapado una ocasión de curarse.

El maestro, que adivinaba los pensamientos de la vieja, prosiguió:

—He leído hace poco que el asma se cura cuando el paciente sufre una serie de angustias. Creo que alguna vez he hablado de esto á Taxon y es bien posible que por eso le hicieran la proposición de colocarse delante de la madera. Usted ve que tenían buenas intenciones; querían curarla y usted no sabe agradecerse. Ahora ya no puede usted hacer uso de esta medicina, pues hay que administrarla sin que el paciente lo sepa, ya que en otro caso y sabiendo lo que va á hacer, desaparece la angustia que es lo que cura.

Por fin había comprendido mistress Bonnet que su amo se burlaba de ella.

Cuando la anciana se disponía á hacer presente al detective que era indigno de un *gentleman* burlarse de una dama, la campanilla del teléfono vino á cortar el diálogo.

La noticia recibida debía ser de la mayor importancia, porque olvidando su proyectado viaje, el detective tomó sombrero y sobretodo, y salió de la casa apresuradamente.

## CAPITULO IV

## Entre las fieras

Harry Taxon y Wang habían recibido de Sherlock Holmes la orden de buscar un número determinado de muchachos sin trabajo y sin hogar, de los que tanto abundan en Londres. Aquellos mozos holgazanes y acostumbrados á vagar por la ciudad y sus alrededores, viviendo á salto de mata, debían prestar un gran servicio al famoso detective.

Este examinó el grupo de harapientos y desgreñados que había puesto en hilera, y les dirigió la palabra:

—Escuchadme; creo que todos, como pilletes que sois, me conocéis; de manera que es inútil haceros mi presentación.

Una maliciosa sonrisa general fué la contestación á este exordio.

—Os necesito á vosotros, pequeños, para una empresa grande y el encargo que voy á daros podrá pareceros algo incómodo, pero de la manera de llevarlo á cabo depende el éxito ó el fracaso.

El que de vosotros no tenga ganas de cumplir estrictamente mis instrucciones durante algunos días ó algunas semanas, puede retirarse, porque no me servirá. Necesito una legión de pilletes londinenses y aun cuando sé que por lo general éstos evitan todo trabajo honroso y decente, sé también que en casos especiales puede contarse con ellos.

Ninguno se dió por ofendido ni hizo ademán de retirarse.

Sherlock Holmes no se había equivocado. Sabía que aquellos desheredados de la fortuna harían cuanto se les pidiera.

—¿Estáis todos dispuestos? Así me gusta. Oidme, pues, que voy á deciros lo que tenéis que hacer.

Cada uno de vosotros recibirá el número de un coche de punto y la dirección de su correspondiente cochera. Vuestra obligación se reduce á no perder el coche de vista ni un solo instante; vaya donde fuere,

tenéis que seguirle constantemente. Los medios de que os valgáis para conseguir esto, no me importan, y los dejo á vuestra elección; lo mismo me da que echéis á correr como que os colguéis en la travesera; lo esencial es que no le perdáis de vista.

Como los coches están de servicio durante toda la noche, tendréis que relevaros; los que descansen de día, que vigilen de noche, y los que vigilen de día tendrán que presentarse en mi casa tan pronto como el coche haya entrado en la cochera, y decirme cuanto hayan averiguado; adonde ha ido el coche, número y calidad de los pasajeros que ha conducido, á donde han ido, etc., etc.

Los que vigilen durante la noche, vendrán á darme cuenta de su gestión por la mañana.

Cada uno percibirá dos chelines diarios, y antes de empezar el servicio tendrá que aprovisionarse de víveres para el día á fin de no perder tiempo comprándolos durante las horas de vigilancia.

Si alguno observa algo extraordinario, sea en el coche ó en el cochero, tendrá que telefonarme á mi casa. Además Harry Taxon y Wang, á los que conocéis bien, estarán todo el día vagando por la capital y recorriendo los puntos de parada; en caso necesario podréis comunicarles las noticias que hayan.

El encargo fué del agrado de todos, que locos de contento por ver en su mano mugrienta una moneda de dos chelines, se alejaron dispuestos á cumplir como buenos. Todos tenían un número y una dirección, y si se les hubiera ocurrido comparar aquéllos, hubieran observado la particularidad de que en todos ellos había un cero y dos trespes. Pero los muchachos no se fijaron en ello ni tampoco en que todos los cocheros de los coches que habían de vigilar llevaban barba parecida y eran zurdos.

Los mozos, que como era natural, cambiaron

impresiones sobre el encargo, supusieron que se trataba de alguna estafa comitada por los cocheros.

Los ayudantes Taxon y Wang, que sabían que el gran detective tenía que marchar á Alemania tan pronto como regresara de Scotland Yard, se habían quedado en casa para recibir las últimas instrucciones de su maestro, y para pasar el tiempo practicando el nuevo *sport* de tiro al blanco con cuchillos. Entretenidos estaban en ello con gran enfado de mistress Bonnet, cuando de pronto llamaron al teléfono.

—¡Albricias, Wang!—exclamó Harry dejando el auricular del aparato.—¡Una noticia importante! Si este que acaba de telefonar tiene razón, he aquí un asunto que sería del agrado del maestro, y seguramente desistiría de emprender el viajecito á Alemania.

Sin inquietarse de si Wang le seguía ó no, salió Harry de casa, pero el chinito cogió á toda prisa tres cuchillos del madero, que escondió en el bolsillo, y echó á correr detrás de Harry alcanzándole en el momento en que subía á un tranvía que se dirigía á la parte norte de la ciudad.

\* \* \*

Ben Jenkins, uno de los muchachos pagados por Sherlock Holmes para vigilar los coches misteriosos, contaba de doce á trece años—él mismo no sabía su edad ni quién había sido su padre.—El maestro le había entregado el número 30,309 y el chico fué á la cochera correspondiente que le era bien conocida por cuanto algunas veces se había introducido allí furtivamente con la intención de dormir en la paja, pero siempre le habían descubierto, proporcionándole una buena paliza. En el momento que llegó á la cochera, salía el coche que tenía que vigilar.

—¡Hola, amigo!—se dijo el pilluelo viendo el coche que iba en el pescante.—Parece que quieres hacer alguna trampa ¿eh? Yo te vigilaré; á ver si puedo vengarme de las palizas del invierno pasado...

Ben corrió detrás del coche y de un salto quedó colgado en el eje de las ruedas traseras, con tal habilidad que seguramente no era la primera vez que lo hacía. Acomódose tan bien como lo permitían las circunstancias, y sacando luego del bolsillo un trozo de chorizo y de pan, empezó á comer con la misma tran-

quilidad que si estuviera sentado en las almohadas del coche.

Durante algunas horas, ora á pie, ora medio sentado en el eje de las ruedas, acompañó Ben al coche sin que ocurriera nada anormal.

Aquel día la niebla empezó á invadir la ciudad antes de la hora acostumbrada, de manera que fué preciso al vigiñado cochero encender los faroles del vehículo. En el momento en que se ocupaba en esto, se acercó una sombra.

Era una dama joven y elegante que subió al coche después de entregar al auriga un papelito con la dirección.

Volvió Ben Jenkins á sentarse en su sitio y empezó la carrera.

—¡Canario!—exclamó el muchacho, agarrándose con fuerza al hierro del que no era fácil bajar por la velocidad que llevaba el vehículo;—parece ser que esa hermosa gusta de la campiña.

Al cabo de una hora de galopar, disminuyó el coche la velocidad hasta que por fin quedó parado.

Ben, que había bajado siguiendo á pocos pasos á pie, para no despertar sospechas en el cochero, buscó un lugar para ocultarse cuando el coche quedó parado, para no perder de vista al auriga.

Este dió algunos golpecitos en la ventanilla, pero viendo que la dama no contestaba ni se apeaba, bajó del pescante y abrió la portezuela. Lanzando un grito de sorpresa, retrocedió un paso el hombre... La dama estaba tendida en el suelo del coche desmayada ó muerta...

Movido á compasión, el cochero, ya anciano, inclinóse sobre la mujer... Un rápido movimiento, el brillar de un acero... y el cochero cayó exánime.

El bravo Ben quedó también sorprendido al ver que la dama no bajaba del coche; vió cómo el cochero golpeaba en vano la ventanilla y como bajaba del pescante, pero lo que había ocurrido en el interior del coche, no pudo verlo desde su escondite.

Después de algunos minutos, salió la mujer del coche y se alejó en dirección contraria á la que había venido.

Un extraño sentimiento de terror oprimió el corazón del pilluelo. El, que se vanagloriaba de conocer la inmensa capital como la choza en que le servía de al-

bergue, estaba extraviado; no sabía á dónde dirigirse en aquel arrabal, desconocido para él. La calle, que solamente tenía algunos edificios aislados en uno de los lados, estaba desierta.

Por fin, el muchacho no pudo resistir por más tiempo, y saliendo con cautela de su escondite, aún á ries-

sino de poner en claro los misteriosos crímenes de que eran víctimas aquellos modestos empleados.

Poco á poco fué cobrando ánimos el mozalbete.

—Para mí que mister Holmes no se mostrará mezquino si le anuncio esto—se dijo.—Ahora hay que seguir la pista de la dama, pues para ese cochero, al que



go de infringir las órdenes de Sherlock Holmes, se acercó al coche.

La portezuela estaba abierta y no bien hubo lanzado una mirada al interior, cuando dió un grito de espanto.

Tendido en el coche, con medio cuerpo hacia fuera, yacía el cochero bañado en su propia sangre. Entonces comprendió por qué debían vigilar los coches.

No se trataba de descubrir las supuestas estafas,

perdono las palizas que me ha propinado, no sirven ya los auxilios de la ciencia. Bien lo sé; heridas como ésta, no tienen remedio. Aquí estoy de más y me figuro que más importará á Sherlock Holmes saber dónde se dirige la dama que darle cuenta de la muerte del cochero.

Convencido de esto, echó á correr Ben.

La suerte le era favorable, pues al poco rato vió á la fugitiva.

Ben paróse á reflexionar :

—¿Será conveniente entregar á la mujer al primer agente ?

No, nunca—se dijo á los pocos instantes, echando á andar detrás de la dama.

—Aquellos necios de Scotland Yard que se creen los llamados á dar lecciones á todo el mundo, y que al fin y á la postre no sirven para descubrir nada, no sabrán de mí. Vamos á ver: ¿quién me paga, Scotland Yard ó Sherlock Holmes? ¿Y quién me ha entregado dos chelines por anticipado? ¿Han sido, por ventura, aquellos mostrencos? ¿No? pues no hay que decirles una palabra; quien paga manda, y aquí nadie más que Sherlock Holmes ha de estar enterado de lo que he visto.

Así reflexionando, y de acuerdo consigo mismo, pensó Ben cómo podría arreglarse para no perder de vista al asesino y dar aviso á Sherlock Holmes al mismo tiempo.

La joven subió á un tranvía que acertó á pasar. Un instante después, estaba Ben en la plataforma anterior del mismo.

Por fin, la misteriosa mujer había llegado á su destino; era en la parte de Londres opuesta á la en que se había cometido el crimen.

En una plaza situada en las afueras de la capital, se levantaban varias barracas donde se exhibía una colección de fieras. El pequeño Ben pudo ver cómo la dama se metía en uno de aquellos barracones.

—Muy bien, muy bien; ¿con que aquí vives, palomita?—se dijo el muchacho,—pues ahora voy al primer teléfono que encuentre, y puedé el baile empezar.

Al cabo de media hora estaba Ben de vuelta, sentándose muy cerca de la barraca en que se había metido la mujer, para vigilar.

Con el mejor apetito comió un pedazo de pan que le había quedado, y á poco vió comó dos ciclistas se acercaban á la plaza.

Eran Harry Taxon y Wang.

Ben hizo el relato de cuanto había visto, comprendiendo los dos ayudantes del gran detective, que el muchacho hablaba con sinceridad.

De buena gana hubiera Harry llevado á cabo el asunto, pero dada la importancia del mismo desistió de trabajar por su propia cuenta. Mandaron á Ben al

téfono otra vez, y esta comunicación fué la que motivó la rápida salida de Sherlock Holmes, cuando estaba en su casa esperando á sus ayudantes. Como había hecho con Taxon y Wang, el muchacho relató á Sherlock Holmes el extraño suceso de que había sido testigo.

Los que exhibían las fieras no debían esperar público en los días de trabajo, pues todo estaba tranquilo y envuelto en la obscuridad. Únicamente de algunas barracas que servían de habitación á los dueños de la colección, salía un débil reflejo de luz.

—¿Has visto bien, Ben, que la mujer ha entrado ahí?

—No hay equivocación posible, mister Holmes.

—¿Y no crees que puede haber salido durante tu ausencia?

El cliñiquillo se rascó detrás de la oreja.

—¡Ah! esto no lo sé, mister Holmes—contestó vacilando.—Comprenderá usted que muy á despecho mío me fuí; pero ¿de qué iba á servir mi vigilancia, si después de esperar hasta la noche, no hubiera podido avisar á usted? No sabía qué hacer.

Verdad es que hubiera podido avisar á un agente de policía, pero me dije que puesto que es usted quien paga, á nadie más que á usted correspondía dar el aviso.

—Eres un bravo muchacho y has trabajado admirablemente. No quedarás descontento con la recompensa.

Apercándose entonces á Harry Taxon, añadió el detective :

—Quedaos aquí los tres y no perdáis de vista la barraca. Yo entraré en ella y veré si aún está la dama que alquila coches para asesinar á los cocheros como si fueran indefensas gallinas.

Después de dar algunas otras instrucciones á sus ayudantes, Sherlock Holmes se dirigió al sitio indicado, mientras que los tres vigilantes se apostaban en el mismo sitio oculto que anteriormente había ocupado el pequeño Ben.

Sherlock Holmes llegó á la barraca, silencioso acercóse á la puerta y procuró mirar al interior de la misma.

Observando que estaba corrida la cortina del cristal de la pequeña ventana, y que por lo tanto no podía mirar al interior, abrió con cautela la puerta.

El gran detective se encontró en una reducida estancia que debía hacer las veces de cocina á juzgar por el hornillo que había encendido y por algunos cachivaches que colgaban de las paredes.

Un débil resplandor salía por la rendija de una puerta que debía comunicar con una habitación contigua; Sherlock Holmes, que silencioso había llegado hasta aquella puerta, quiso abrirla, pero estaba cerrada.

La cortina que cubría el cristal de la segunda puerta fué retirada un poco desde la parte interior, apareciendo una hermosa y delicada cara de muchacha detrás del cristal.

Casi en el mismo instante palideció la mujer intencionalmente, como si hubiera visto un fantasma, soltó la cortina y dejó caer el quinqué que sostenía con la otra mano, agitada por nervioso temblor.

El detective oyó como el quinqué se hacía añicos en el suelo; luego quedó todo envuelto en el misterio de la obscuridad y del silencio.

Súbitamente se le ocurrió una idea al gran detective:

—Esta mujer te ha conocido y sabe por qué estás aquí—se dijo.

Mas no por eso perdió su sangre fría. Un puntapié destruyó la puerta y Sherlock Holmes penetró en la estancia que debía servir de vivienda.

No era demasiado tarde.

El detective vió como desaparecía la joven por una puerta de escape en el fondo de la barraca, y antes de que pudiera llegar á ella, ya la joven la había cerrado. Un segundo y certero puntapié bastó para dejarle el paso libre.

Atravesó el dormitorio de los que allí vivían y esperaba salir ya al aire libre, pero se equivocaba.

Un estrecho pasillo conducía desde la barraca á uno de los coches que, convertidos en jaulas, servían para la conducción de las fieras.

Al extremo del pasillo, vió Sherlock Holmes una figura blanca. Sabía que no era otra que la mujer vestida de blanco, que iba persiguiendo, y se dió prisa para llegar hasta ella.

De repente una resistente reja de hierro le cerró el paso, pero á su derecha había un reducto que le ofrecía una salida.

Con el deseo de alcanzar á la fugitiva, Sherlock Holmes no vaciló en meterse por el estrecho reducto,

tanto más cuanto que la mujer no podía haber salido más que por el mismo camino.

De repente se estremeció; había oído cerrar una reja de hierro y la carcajada irónica de una mujer, lo que le demostraba que había caído en una trampa.

Mirando hacia atrás, vió que al extremo del reducido corredor por donde acababa de pasar, se había corrido una reja. Al mismo tiempo oyó un extraño murmullo y vió algunos puntos relucientes que se movían. Comprendió lo horrible de su situación.

El gran detective estaba en una jaula de fieras.

En el primer momento no pudo distinguir si se trataba de tigres, leones ú otra especie, pero pronto había de convencerse.

De súbito, un reflejo luminoso disipó las tinieblas de la extraña cárcel, pudiendo entonces reconocer que estaba perdido.

Se encontraba en uno de los vagones de la colección de fieras, cuyas paredes, de gruesa madera, estaban revestidas de planchas metálicas. La puerta que había en el fondo era también una reja, como la que se había cerrado á su paso encerrándolo en la trampa. Sus compañeros eran dos leones y un tigre real.

Armado con solamente el browning, se disponía Sherlock Holmes á vender cara su vida.

Pero su situación había de volverse aun mucho más crítica.

El resplandor luminoso que había visto y que le había hecho reconocer lo horrible de la situación en que se encontraba, no procedía de luz ni lámpara alguna, sino del fuego que prendía en la colección de fieras; no cabía duda; la fugitiva la había incendiado.

Estas ideas cruzaron en un instante por la mente del detective, pero no tuvo tiempo de pensar en su situación, pues las fieras aterradas y enardecidas por el fuego, que se propagaba con gran rapidez, le inspiraban serio recelo.

Los dos leones rugían de una manera horrible, haciendo retremblar las gruesas paredes de la jaula. El tigre se agachaba, mostraba los dientes y plegaba las orejas, disponiéndose á dar un salto para caer sobre el intrépido detective. Este, que tenía el revólver en la mano, hizo fuego sobre el tigre que era el que le amenazaba más seriamente, pero á pesar de que la bala fué bien dirigida y dió en el blanco, no bastó á impedir que el felino se lanzara al espacio en dirección al enjaulado...

## CAPÍTULO V

## Una noche toledana

Taxon, Wang y Ben, hacía poco rato que atisbaban en su escondite cuando el primero extendió la mano señalando una llama.

—Muchachos; mirad, mirad allí; todo se va al diablo; la situación empeora. El maestro nos ha mandado quedar aquí quietos hasta que nos hiciera una señal, pero este incendio imprevisto me preocupa... voy á... pero ¡calla! por allí alguien trata de escapar...

Sin decir más el ayudante del gran detective echó á correr.

Efectivamente, en un reducido espacio que quedaba libre entre las jaulas y las barracas, una sombra montaba en bicicleta.

Ben Jenkins salió á escape detrás de Harry.

Tan rápida fué esta escena, que cuando empezó á darse cuenta el chino Wang, sus compañeros ya se habían alejado.

—¡Mister Holmes, allí; Taxon, allá y Wang sin saber qué hacer! ¿Debe Wang seguir á Taxon? Mister Holmes reñir porque mandado esperar los tres. Wang no saber si entrar fuego.

El pequeño Ben Jenkins que comprendía que lo más interesante era evitar que la mujer escapara, no tardó en alcanzar á Harry al cual había de prestar valiosa cooperación durante aquella noche.

Al llegar junto á Harry, pudo ver cómo allá, á lo lejos, desaparecía la mujer que montada en la máquina corría con toda fuerza. Harry, rendido por la fatiga, sentía que le faltaba el aliento.

—Eh, mister Harry—le dijo;—observo que ya no puede usted más; no siga corriendo que de nada ha de servirle. No la cogeremos así.

—Entonces se escapará. ¿No es esa la mujer de que nos has hablado?

—La misma; pero no escapará. Lo que quiero decir es que de este modo no podremos alcanzarla. Yo sé un medio para cogerla, pero no podemos perder tiempo.

—Pues di qué medio es ese. Aprisa.

—Volver atrás.

—Oye, Ben; si has creído poder burlarte de mí, puedes prepararte á recibir una tanda de azotes.

Sin esperar la réplica del pillette, dispúsose Harry á echar á correr de nuevo, pero se sintió fuertemente cogido por la americana.

—Espere, hombre; no vaya tan aprisa. Nunca se me ha ocurrido la idea de burlarme de usted, y tenga en cuenta que lo que quiero es que la mujer no nos escape, pues no me avengo á perder la propina.

Si quiere usted seguirme, la cogeremos. Mientras estábamos allí ocultos, he reflexionado sobre el punto en que nos encontramos, y puedo asegurarle que conozco los senderos y vericuetos de esta parte de Londres, como la palma de la mano. Hace un año que tuvimos aquí cierto asunto... pero ello no hace al caso—añadió al darse cuenta de que había hablado demasiado.

Afortunadamente, la ciclista no se ha dirigido hacia la ciudad, sino en dirección al Támesis. Volvamos atrás y no tardaremos en encontrar á la derecha un sendero que nos conducirá á la carretera en una hora, mientras que ella siguiendo el río, necesitará mucho más tiempo.

—Pero el río nos cerrará el paso dos veces. ¿Cómo lo vadearemos?

—No pregunte eso, mister Harry; no hay que perder tiempo; yo me arreglaré.

—Adelante, pues—repuso Harry y ambos retrocedieron.

Ben no había prometido más de lo que podía cumplir.

Era un buen guía, y cuando llegaron al borde del río, el pillete acercóse al oído de Harry, diciéndole:

—Ahora silencio. Ya sabe usted que en un caso de necesidad, la astucia rompe las leyes.

Después de esto alejose procurando no hacer ruido.

Al poco rato Harry oyó el chapotear de dos remos en el agua.

Ben había robado la lancha al barquero que duran- te el día transportaba los pasajeros á la orilla opuesta.

—Me la han prestado por un rato—exclamó el rapazuelo sonriendo.

Sin hacer más preguntas embarcó Taxon, y el joven Ben demostró que sabía manejar el remo. A poco llegaron al otro lado del río, siguiendo de nuevo el mismo sendero.

—Espero que el otro barquero dormirá á pierna suelta como éste para que no tengamos que perder el tiempo en negociaciones; soy enemigo de esas formalidades.

—Ya, ya he visto eso, Ben y aún presumo que no es la primera vez que te hacen tales *préstamos*.

—Poco á poco, amigo. Supongo que no me toma usted por un salvaje.

—Todo lo contrario; te considero el pillete más avisado de Londres, pero sigamos nuestro camino. Supongo que llegaremos á tiempo al sitio donde crees poder alcanzar á la bella ciclista.

—No hay que dudarle; la carretera es interminable y el terreno muy accidentado, de modo que la ciclista no podrá adelantarse mucho.

Poco rato después volvieron á encontrar el caudaloso Támesis. Otra vez Ben supo encontrar una lancha, pero hubo menester más tiempo que la vez primera. Cuando se encontraban en medio de la corriente, Harry señaló hacia la carretera.

—Llegamos tarde, Ben. Allí veo á la ciclista que viene á toda marcha y nos adelantará antes de llegar á la orilla.

Sin volver la cabeza hacia el sitio indicado, Ben remó con toda la fuerza.

Habían ganado la partida. La ciclista acertaba á pasar por delante de ellos en el momento en que ponían pie á tierra.

Sin titubear, sacó Harry el revólver y apuntó sobre el neumático de la rueda trasera, pero á pesar de que era excelente tirador, todos los tiros erraron el blanco. En aquellos momentos estaba demasiado excitado para dar en un blanco tan difícil. El efecto conseguido fué contrario al propuesto, porque al oír los disparos, la mujer dió á los pedales con más fuerza, aumentando la velocidad.

Lanzando una maldición, quiso Harry echar á correr en persecución de la fugitiva á pesar de que comprendía la inutilidad de esta medida, tanto más cuanto que la carretera empezaba á ser pendiente, cuya circunstancia era altamente favorable para la mujer.

Ben procedió de otra manera. Comprendiendo como aquél lo insensato de semejante persecución, optó por otro medio más práctico, en el que nunca hubiera pensado Harry y quizá no hubiera utilizado aún conociéndolo.

Pero Ben no tenía tantos miramientos.

En la carretera había un montón de piedras que algunos obreros trituraban. Aquellas piedras era la mejor arma para el rapazuelo que para nada necesitaba un arma de fuego.

Cogió una de las piedras y la lanzó al aire con gran fuerza. Un instante después cundió por el espacio un grito de espanto de la ciclista y cayó al suelo casi instantáneamente, quedando destrozada la bicicleta. Ben había hecho blanco. Su piedra le había servido más que los disparos de Harry.

Este, que estaba á algunos metros de distancia, pues había echado á correr detrás de la mujer, quedó pasmado al oír el grito y ver la caída, sin poder explicarse lo que había ocurrido hasta que Ben estuvo á su lado.

Corrieron al lugar del accidente y allí pudo conocerse Taxon de que la piedra había hecho caer á la ciclista.

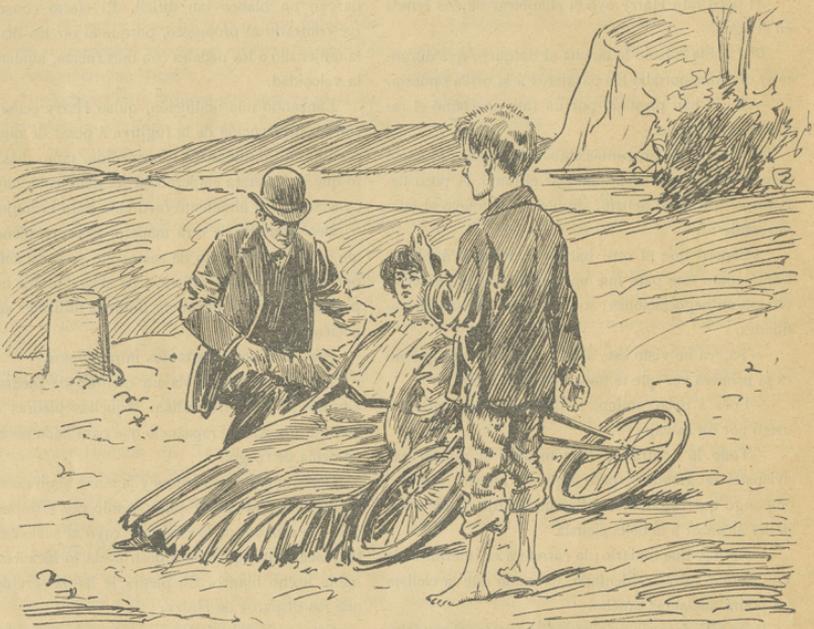
Observó que la infame, que yacía en el suelo sin conocimiento, tenía una extensa herida en la cabeza por la que manaba la sangre.

—Has podido matarla, Ben.

—¿Y qué? No se hubiera perdido mucho. Hubiéramos ahorrado trabajo al verdugo; por lo demás, creo que esa miserable no tiene motivo de queja por haber tenido un encuentro con una pequeña piedra, pues ella, en cambio, despacha á los cocheros á puñaladas.

mente dejando al cochero con el corazón partido, Ben no ha visto tampoco dónde se ha dirigido la criminal luego. ¿Y qué sabe Ben sobre si la dama huyó luego de las barracas precisamente en el momento de estallar el incendio? ; Ben es un botarate que sueña esos infundios! ; Parece mentira!

Estas palabras hicieron comprender á Harry que el



—Aún no tienes la seguridad de que sea ella la autora de esos crímenes. ¿Quién te dice que no te has equivocado?

—Vamos, mister Harry, ¿equivocarme yo? Ya comprendo; yo no he visto como una cierta dama alquiló un coche para una larga carrera y tampoco he visto como la misma dama supo hacer bajar al cochero del pescante. Sí, no cabe duda; Ben ha soñado, Ben ha soñado que la dama en cuestión se alejó tranquila-

mente dejando al cochero con el corazón partido, Ben no ha visto tampoco dónde se ha dirigido la criminal luego. ¿Y qué sabe Ben sobre si la dama huyó luego de las barracas precisamente en el momento de estallar el incendio? ; Ben es un botarate que sueña esos infundios! ; Parece mentira!

Estas palabras hicieron comprender á Harry que el pilluelo tenía también su susceptibilidad y que se sentía molesto, por lo que se apresuró á replicar en tono reconciliador :

—Está bien, muchacho, está bien; ya veo que tienes razón; pero no vamos á dejar morir á la herida. Es preciso hacer algo.

Después de algunas palabras incomprensibles, Ben dijo:

—¿Pues y ella? ¿Ha salvado á sus víctimas de la

muerte? ¿Le parece á usted si esa zorra llevaba siempre consigo un botiquín para curar á sus corderitos?

A pesar de todo, el pillete ayudó á Harry á levantar á la mujer. Ocupados estaban en esta tarea, cuando oyeron una voz potente.

Cinco hombres de mala catadura, como salidos de la tierra, aparecieron delante de los dos jóvenes. Ofrecían un aspecto muy poco tranquilizador.

—Hola, hola—dijo uno de los cinco.—Ahora vienen esos *gentlemen* de la capital á estorbarnos el negocio. ¿Qué os parece, muchachos? ¿Puede tolerarse eso?

Antes de que los cuatro compañeros del que había hablado contestaran y de que Harry se aprestase á la defensa, el pequeño Ben habíase hecho dueño de la situación, y adelantándose hacia el jefe de los cinco, un hombre cuya cara estaba horriblemente desfigurada por las viruelas, exclamó con gran asombro de Harry:

—¡Hola, Temerario! ¡Me alegro de verte por aquí! Hacía ya mucho tiempo que estaba pensando de qué manera ó á quién de vosotros podría avisar para pescar en las afueras á este pajarraco de mal agüero.

Observando sin duda la recelosa mirada del á quien había llamado «Temerario», prosiguió Ben:

—Ya sabéis, amigos, que no me sienta bien la vida en el campo y por eso me he internado ahora en la capital donde trabajó como puedo. Pues bien; ayer vino á verme este pajarraco y me preguntó si estaba dispuesto á hacer con él un negocio aquí, en esta carretera, y añadió que este era el sitio más á propósito para el asunto, pues se trataba de una ciclista. Desde luego comprendí que no había de sentaros bien que no os diera aviso, pero quise convencerme y accedí.

Después de pronunciar estas palabras, el avisado Ben dirigió una penetrante mirada al «Temerario» como para leer el efecto que aquéllas habían producido. Al ver que el jefe de la cuadrilla de apaches sonreía en son de burla, comprendió que para salvar á Harry y salvarse él de las garras de aquellos truhanes, cuya malicia le era sobradamente conocida, había que emplear medios más eficaces. Prosiguió:

—Pero oidme bien, amigos, que ahora viene la gorda.

Todos vosotros pensáis, sin duda, que éste no es más que un competidor vuestro que ha querido meterse en vuestros negocios. Por lo tanto creéis que lo que procede es llevarlo á vuestra madriguera, propinarle una buena paliza y después que os haya entregado algunas esterlinas, dejarle que se vaya tranquilamente, ¿no es así?

Sin dar tiempo á que el «Temerario» contestara, y para hacer más eficaz el efecto de sus palabras, prosiguió:

—Pues no es eso lo que hay que hacer, porque hay más aún. El nuevo amiguito hubiera vuelto á visitaros muy pronto, más de lo que hubierais deseado, pero no solito, sino acompañado de algunos de sus amigos de Scotland Yard, porque habéis de saber—el pillete ahucó la voz—que ese individuo que aquí veis es vuestro más encarnizado enemigo...

¿No acertáis? ¡Pues es Harry Taxon; el ayudante y el ojo derecho de Sherlock Holmes!...

Ben hizo una pausa, retrocediendo un paso para aumentar el efecto de tan importante revelación, y consiguió su objeto.

—Y vosotros no habíais pensado en eso—añadió el rapazuelo.—A vosotros os habría engañado.

¿Qué dices ahora, «Temerario»; tú que ponías una cara tan desconfiada?

Dirigiéndose á los cinco, continuó:

—Preguntadle si no es Harry Taxon. A ver si me equivoco. Preguntadle si no ayudó eficazmente á Sherlock Holmes cuando hace dos años éste os hizo sufrir un descalbro en Kingstown. Preguntadle, y si niega, registradle los bolsillos, que puede que en ellos encontréis alguna tarjeta que os saque de dudas. ¿Qué habría sido de vosotros si Ben no hubiera sido tan astuto?

Este descubrimiento que parecía una traición á Harry, hizo desaparecer por completo la desconfianza de los apaches. Sin embargo, el picado de viruelas, preguntó con indiferencia:

—¿Quién ha tirado la piedra?

Seguramente esperaba que Ben culparía á Harry, pero se equivocaba. El pillán conocía bien á aquellos bandidos y sabía bien que la menor imprudencia bastaba para poner en peligro la vida de los dos.

—¿Qué quién ha tirado la piedra? ; Vaya una pregunta! ¿ Crees, acaso, «Temerario», que este espía sabe tirarlas? Los de Scotland Yard no saben manejar más que el revólver y aun no siempre. Así, por ejemplo, este mismo mamarracho ha agotado los cartuchos sin resultado. Para lanzar una piedra, como yo lo he hecho, hay que vivir algún tiempo con vosotros, y practicarlo mucho.

—Pero, Ben, no veo clara la cosa. ¿Cómo es posible que aún sabiendo quién era ese, le hayas ayudado á coger á la ciclista? ¿No hace parecerle esto cómplice suyo?

—¡Dios mío, «Temerario!» Cada día te vuelves más sabio. Te aconsejo que bebas ron sin agua, pues parece que ésta te trastorna.

¿ Crees, acaso, que he lanzado la piedra nada más que por cerciorarme de si tu semblante es tan hermoso como antes? ¿No comprendes que se paga una prima por esa mujer? Y no ciertamente por su belleza, sino por ciertas cosas que ha hecho. Lo que hagáis con Harry Taxon poco me importa, pero la prima, es para mí.

Ya suponía que al ruido de los disparos de ese caballero, apareceríais en seguida, pero no quise dejarla escapar.

Espero que ahora lo comprenderéis todo.

Si tienes que preguntar algo más, date prisa.

Si quedamos mucho rato aquí, puede pasar algún *policeman*, que gracias á vuestras hazañas abundan en este paraje, pero si tienes alguna duda, no tienes más que abrir el pico y se te dará inmediata satisfacción en la medida de lo posible.

La arrogancia y sangre fría del mozalbeta imponía á los bandidos, con los cuales sabía tratar Ben.

El «Temerario» quedó satisfecho; las últimas palabras de Ben habían sido decisivas.

Taxon, que no había tomado parte en la conversación, comprendió por las insistentes miradas de Ben,

que no debía contradecirle, pues de ello dependían sus vidas. Meditaba un plan para libertarse.

Si se entregaba sin oponer resistencia, sospecharían de él; se decidió, pues, á defenderse á viva fuerza, pero esta precaución fué impracticable.

A una seña del jefe, los cuatro cayeron sobre Harry y antes de que pudiera defenderse, le tuvieron amarrado y reducido, en cuyo trabajo les había ayudado el joven Ben.

Cuando ya temía Harry que la traición no fuera fingida, sino verdadera, Ben se acercó á su oído murmurando las siguientes palabras:

—No desespere, mister; yo le sacaré del apuro, y nos salvaremos.

Más no pudo decir el muchacho, pero Harry le había comprendido.

Dos de los bandidos cogieron á la mujer que seguía sin conocimiento y los otros dos á Harry cuyas ligaduras eran tan estrechas que no podía hacer ningún movimiento.

Ben y el «Temerario» siguieron al grupo, y así se dirigieron hacia el río.

El «Temerario» se acercó á una espesura en la que había oculta una lancha y con una destreza que revelaba gran práctica, colocaron en ella á la mujer y á Harry. Después que todos estuvieron embarcados, la embarcación se puso en movimiento.

El punto de destino era un islote situado en medio del río y conocido con el nombre de «Isla de la Peste». Tomaba tan singular nombre de dos barracas de sanidad que había allí y que se utilizaban para aislar á los atacados si se presentaba en los contornos alguna enfermedad infecciosa.

Como se comprende, todo el mundo evitaba acercarse al islote, y hasta los policías que tenían obligación de girar de vez en cuando una visita de inspección á las barracas, preferían pagar una multa que desembarcar allí. Era legendario en toda la provincia que el que ponía el pie en aquel pedazo de tierra, caía gravemente enfermo.

El «Temerario» y su cuadrilla habían sentado sus

reales en aquella isla donde se habían instalado con relativo *confort*.

Vivían como una verdadera tribu de salvajes, del asesinato y del robo.

Muchas parejas de enamorados que paseaban por el río en una lancha, habían sucumbido á manos de los asesinos; algunos días después se encontraban los cadáveres en un sitio apartado, sin que las autoridades concibieran la menor sospecha. Los miserables tenían la precaución de volcar las embarcaciones, á cuyos tripulantes desvalijaban, por lo que todo el mundo atribuía la muerte á un accidente. Sin duda no sabían remar...

La barquichuela de los bandidos había llegado al islote, donde atracó y con la misma destreza que habían sido embarcados, Harry y la mujer fueron trasladados á tierra.

—Dejadles aquí—dijo el «Temerario»;—acabare-

mos pronto. Registrad los bolsillos á ese joven, y ved si se encuentra algo de valor; luego le arrojaremos al río. ¿Por qué ha de estorbarnos aquí?

Esta orden hizo palidecer á Harry y también á Ben, pues daba al traste con su plan.

Los cuatro apaches encontraron al preso un monedero con cierta cantidad en metálico, un browning y una tarjeta.

—No tiene más que esto en los bolsillos—exclamó uno.

—Bastante es; ya sabéis que generalmente esos no llevan mucho. ¡Ea, al Támesis con él! El río va bastante lleno y tendrá que hacer un largo viaje antes de tomar tierra...

Dos de los bandidos cogieron á Harry que no podía moverse, uno por la cabeza y otro por los pies, y acercándose á la orilla, empezaron á balancear el cuerpo del joven detective para lanzarlo lo más lejos posible...

## CAPITULO VI

## En el último trance

El enorme tigre real había dado el salto é iba á caer sobre el gran detective. El animal tenía las garras preparadas para destrozár la carne del que se había introducido en su jaula. Sherlock Holmes estaba perdido.

No obstante, su sangre fría y su inimitable presencia de espíritu, habían de salvarle; apuntó el browning un instante, sonó un disparo y casi simultáneamente hizo un rápido movimiento para evitar que la fiera le cayera encima. Un rugido como cien truenos hizo estremecer al detective, y el tigre cayó muerto.

Momentáneamente aterrados por el ruido del disparo y su efecto, los leones retrocedieron al rincón más lejano.

Si en aquel momento el detective hubiera podido volverse y descórrer el cerrojo de la puerta, estaba salvado.

Pero no podía aventurarse á perder ni un instante de vista á las fieras que seguían mirándole recelosas y lanzando frecuentes rugidos.

De repente apareció delante de la jaula la figura del pequeño chino Wang.

Desde luego el liliputiense amarillo comprendió la situación y lo que tenía que hacer.

Empleando todas sus fuerzas, consiguió descórrer el pesado cerrojo de la puerta, y entonces el detective dió un salto hacia atrás, saliendo por fin de la terrible jaula.

—Bravo, chico; esto se llama llegar en momento oportuno—exclamó Sherlock Holmes, acariciando la cabeza de su enano salvador.

—¿Dónde está Harry Taxon?

A su manera confusa relató el chino lo que había

ocurrido durante su ausencia, y acercándose más al oído del detective, añadió luego:

—Maestro, ¿no querer salir pronto de aquí? Si viene hombre dueño colección fieras, y ve fuego y tigre muerto, él hacer mucho ruido y pedir dinero.

Otra vez acarició el detective al enano, contestando luego:

—Bien, Wang. Ahora vamos á ver si estamos solos aquí.

Bien pronto pudo cerciorarse de que había otras personas por allí. Se oyeron voces y varios hombres penetraron en las barracas.

Al ver á los desconocidos, vacilaron un instante, pero se arrojaron luego sobre ellos tomándolos por incendiarios. Sherlock Holmes tuvo que hacer grandes esfuerzos para poder dar explicaciones á la gente enfurecida. Con todo, los dueños de las barracas, cuyo sueño había sido turbado de una manera tan brusca, no se tranquilizaban tan fácilmente, y el asunto hubiera podido ser de fatales consecuencias para el detective á no mediar la intervención de los bomberos que llegaron en aquel momento.

El comandante de los bomberos conocía al célebre detective; ya no eran precisas explicaciones ni legitimaciones, pues el jefe de los bomberos sabía muy bien que Sherlock Holmes no incendiaba propiedades ajenas.

—Soldat á *gentleman* inmediatamente y procurad atajar el incendio, que más os valdrá; ved que el viento lo va extendiendo, y si no acudís presto, bien pronto todo quedará reducido á un montón de cenizas.

Mientras se dedicaban todos á localizar y apagar el fuego, Sherlock Holmes y Wang volvieron á la barra-

ca donde habían visto desaparecer á la dama, y donde había comenzado el drama de aquella noche.

Creía el detective encontrar allí algunos indicios que le dieran luz sobre la fugitiva, pero no fué así y tuvo que desistir de someter á la barraca á más minucioso registro, porque el fuego había ya prendido en ella.

Preguntó á los dueños de las otras barracas sobre la fugitiva, pero todo fué en vano. Aquellos hombres no estaban dispuestos á dar explicaciones á un desconocido del que sospechaban que hubiese producido el incendio.

—Vamos, Wang; volveremos á casa para ver si tenemos alguna nueva de Harry.

Al llegar á la habitación el detective agradeció á su fiel ayudante, el pequeño amarillo, su oportuna intervención, pero el muchacho parecía no comprender á su maestro, pues consideraba que lo que había hecho era la cosa más natural del mundo.

Durante toda la noche nada se supo de Harry, pero cuando empezaba á amanecer, llamaron con violencia á la puerta.

Wang, que fué á abrir, volvió pronto acompañado de Ben Jenkins.

El pillete ofrecía un aspecto verdaderamente desconsolador.

Ben estaba sucio habitualmente, pues creía que el polvo y la suciedad eran un remedio eficaz contra el frío, pero nunca habíasele visto en el estado en que se presentaba en casa del gran detective.

Además, el muchacho llegaba rendido de fatiga, extenuado hasta el punto de que cuando Sherlock Holmes le acercó un sillón para que se sentara, se dejó caer pesadamente en él medio desmayado.

Con whisky y sifón, el detective le preparó un buen vaso.

Esta bebida alivió bastante al pilluelo.

Entonces pudo relatar lo ocurrido, pero no bien supo el maestro de lo que se trataba, preguntóle:

—¿Puedes explicarme exactamente el sitio, Ben?

—No le serviría á usted para nada; no lo encontraría y aún cuando lo encontrara, lo echaría todo á rodar.

El «Temerario» es temible, y lo que es peor, creo que desconfía de mí, y no me sorprendería que me estuviera vigilando por alguno de los de la cuadrilla. Sólo con mucha prudencia y procediendo como lo he combinado, podemos pensar en salvar á Harry Taxon.

—Pero cuando menos ¿podrás conducirnos? Me parece que no puedes moverte.

—¡Ay, maestro! si comiera algo me reanimaría y podría andar.

Un instante después, Ben tenía en la mano un pedazo de pan y carne, que devoró en un segundo con verdadera hambre.

—Estoy dispuesto—exclamó Sherlock Holmes dirigiéndose al muchacho que estaba mascando á dos carrillos.—Ya podrás comer en el camino.

—No; imposible, mister Holmes; no puede ser.

—¡Cómo!...

—No puedo salir á la calle con este pedazo de pan en la mano.

—¿Cómo se entiende? ¿Es por ventura la primera vez que comes en la calle?

—Centenares de veces lo he hecho, pero como ya he dicho, mister Holmes, temo que el «Temerario» me haga vigilar, y si aquellos bandidos supieran que me da usted de comer, me costaría muy caro.

Comprendiendo Sherlock Holmes que el muchacho tenía razón, resignóse á esperar que hubiera terminado.

Wang, puedes acostarte; no te necesito y necesitas descansar.

Sin esperar la contestación del amarillo, Sherlock Holmes salió de casa acompañado de Ben. El maestro no sabía que poco después de salir él, la puerta volvió á abrirse para dar paso al chino.

Wang no tardó en observar que un hombre iba siguiendo los pasos de Sherlock Holmes y de Ben.

—El sucio chico tener razón; hombre perseguir maestro, pero Wang vigilar hombre—se dijo.

Y después de cerciorarse de que tenía sus cuchillos en el bolsillo, siguió Wang secretamente á perseguidor y perseguidos.

## CAPITULO VII

## En la isla de la Peste

Después de balancear el cuerpo de Harry para arrojárselo en medio del río con toda fuerza, cuando se disponían los dos criminales á hacer el último esfuerzo, el pequeño Ben se arrojó bruscamente sobre uno de los bandidos.

Como el hombre estaba desprevenido, al recibir la brusca sacudida, no sólo él rodó por el suelo sino que también su compañero y Harry. Al ver esto, el «Temerario» se dirigió furioso con los puños alzados sobre el pillete.

—¡Miserable, traidor!—gritó;—ya esperaba algo parecido.

—¡Eh, «Temerario!» ¿Quieres hacer el favor de soltarme?

—Cállate, infame. ¿Crees que hombres como nosotros nos dejamos engañar por un chiquillo?

—De que seas un hombre, no dudo; pero es lástima que tu manera de razonar no sea de tal. Sospecho que tu imbecilidad va á costarte á ti y á tus compañeros muy cara.

Dirigiéndose seguidamente á los otros que no acertaban á explicarse la arrogancia del muchacho, prosiguió Ben:

—¿Y vosotros, no pensáis un poco más que vuestro jefe? ¿Estáis borrachos para no comprender que vais á cometer una gran falta ahogando á este caballero? ¿Qué hazaña, qué galardón será para vosotros haberle asesinado de una manera tan cobarde? ¿No comprendéis que con este muchacho podéis sacar mucho más partido? ¿No es Sherlock Holmes más temible que éste?

Libertóse entonces de las manos del «Temerario», que no le sujetaban con tanta fuerza como al principio. El jefe de la banda había esperado que el joven caería

á sus plantas pidiéndole perdón por la traición, pero la arrogancia y serenidad de Ben le tenían asombrado.

Al verse libre, prosiguió Ben:

—Vais á echar á Taxon al agua y os figuráis hacer una cosa de importancia. ¿Qué diríais si el pequeño Ben á quien ese bruto estaba á punto de matar, os indicara un medio para coger á Sherlock Holmes con el mismo Harry Taxon? ¿Cuánto os lo agradecerían los amigos de Soho y de Whitechapel si dierais caza á los dos diablos que son vuestros peores enemigos! ¿No creéis que mi idea es buena? ¿No hice bien en impedir que mataseis á ese joven?

—Ven acá, piel de Satanás—gritó el «Temerario» echándole una manotada terrible.—¿Crees que no he comprendido en seguida lo que pretendes? Sherlock Holmes no caerá en la trampa, y lo que haríamos con eso sería caer en las garras de ese miserable espía.

—Eso sería si fueras tú quien dirigiera la maniobra, porque ya es sabido que no hay hombre más torpe que tú.

Ante este insulto se agotó la paciencia del bandido que se arrojó sobre Ben, pero los demás se interpusieron.

—¡Déjale en paz, hombre! el muchacho tiene razón; á ti no te hubiera ocurrido esta idea. Deja á Ben, que él nos diga cómo quiere hacerlo para atraer á Sherlock Holmes, y si su plan no es de nuestro agrado, tiempo tenemos de hacer lo que nos convenga.

Ben había vencido, por lo que se mostró dispuesto á reconciliarse con el «Temerario». El pillete era demasiado listo para seguir irritando al jefe de la banda. Habla conseguido sus propósitos, y lo importante era entonces sacar el mejor provecho posible del terreno ganado.

Así, pues, dirigiéndose al jefe, dijo:

—«Temerario», procura obtener de Taxon una carta para Holmes. Ese muchacho, que, como ya os dije estaba persiguiendo á esta mujer que aún no se ha movido, debe escribir una carta á su maestro pidiendo un inmediato socorro é indicándole además, que debe venir solo y que es indispensable guardár el mayor silencio sobre esto.

—¿Y tú crees que nos hará esta carta?

Ben encogióse de hombros:

—De buena gana, claro que no, pero ya que he empezado yo el asunto, dejad si queréis que lo lleve á cabo. Dejadme en libertad de acción y os prometo obtener la carta y hasta si es preciso la firma de su propio fallo de muerte.

—Hazlo, hazlo, Ben—contestaron los cuatro á una sin esperar la decisión del «Temerario», pero aquél se apresuró á reparar esta falta de sumisión, diciendo:

—No; el «Temerario» ha de decidir. Si él quiere hacerlo, me retiro yo.

—No, no, hazlo tú, Ben; ya no tengo desconfianza, por más que se me hace difícil creer que... en fin, adelante; ya veremos.

Inclinándose disimuladamente al oído de Harry, murmuró Ben:

—Valor y confianza, mister; yo le salvaré—y á renglón seguido añadió en voz alta:

—Bien, mister Taxon. Me figuro que habéis oído lo que se pide.

Agachándose al suelo como para arreglarse la zapata, volvió á murmurar en voz baja:

—Resístase cuanto pueda.

Al ver que no contestaba, Ben cogió á Harry por el cuello, y sacudiéndole gritó:

—¿Conque no quieres hablar, mostrenco? Yo te enseñaré.

Con esto sacó Ben una cuerda del bolsillo; la ató al cuello y alrededor de la frente del preso, sujetando luego ambos extremos á un cuchillo de manera que dando vueltas á aquél, habían de estrecharse más y más los aros del cuello y de la frente.

Mientras había hecho las ataduras, había vuelto á decir al oído de Harry:

—Tenga valor y confie en mí; no le pasará nada.

Al terminar su tarea, exclamó en voz alta:

—Ahora, mister Taxon, cuando os parezca bastante, podréis hacer el favor de cantar; entonces aflojaré.

Harry comprendió y desempeñó su papel con una perfección admirable. Al supuesto torturado le saltaban las órbitas; de pronto lanzó un grito tan penetrante y estridente que hizo estremecer á los cinco bandidos.

—¡Hola! Ha empezado la sinfonía—exclamó Ben.—Ya lo sabía. Esta es la mejor batuta para hacer cantar á caballeros como vos. ¿Queréis escribir la carta ó sigo dando vueltas?

A los pocos minutos recogieron á Harry del suelo, llevándole á una choza donde pudo ver que los bandidos estaban instalados con bastantes comodidades.

Sentaron á Harry en una mesa, le desataron los brazos, y escribió lo que Ben le dictaba.

Pocos momentos después transportaron á Ben á la orilla opuesta del río, y el muchacho se encaminó apresuradamente á la capital.

Ben suponía que el «Temerario» le seguiría á pesar de que no descubría nada anormal.

Al salir de la casa de Sherlock Holmes, donde se había dirigido, preguntó éste:

—¿Y tú crees verdaderamente que alguien te ha seguido?

—Sí, mister Holmes; no puedo librarme de este presentimiento. No he mirado atrás por no perder tiempo y para no despertar sospechas, pues me dije que cuanto más pronto pudiéramos librar á Harry Taxon de las garras del «Temerario», tanto mejor.

Ese miserable cambia de manera de pensar con más frecuencia que de camisa, y es posible que haya vuelto á su primitiva idea después de mi ausencia. Con sus cuatro compañeros, hace el miserable cuanto quiere.

—No es posible, Ben, de que te haya seguido alguien como temes, pues en tal caso estaría detrás de nosotros, y me he convencido de que no es así en manera alguna.

Esta equivocación no era la única en que había de incurrir el gran detective aquella mañana.

Al pasar por el puente del Támesis, Sherlock Holmes vió á un agente de la autoridad, uno de los inspectores de Scotland Yard, y, obedeciendo á una repentina ocurrencia, se detuvo un par de minutos diciendo rápidamente algunas palabras al inspector. Este se alejó después apresuradamente, mientras Sherlock Holmes y Ben continuaban su camino. No hizo otro tanto el hombre que hasta aquel momento les había seguido sin ser observado por ellos.

El espía, enviado por los de la isla de la Peste, dejó solos á Sherlock Holmes y á Ben, corrió hacia la orilla del Támesis, miró algunos instantes á su alrededor, y trató por fin de saltar á una de las lanchas, cuyo barquero no había llegado aún por ser muy temprano.

El «Temerario» había conseguido muy pronto su propósito, y empezó á remar con toda su fuerza.

Como ya sabemos, el pequeño Wang salió en seguimiento del «Temerario», pero cuando se convenció de que no podía alcanzarle, al ver que echaba á correr hacia el río abandonando á sus perseguidos, pensó que lo mejor que podía hacer era retroceder, y procurar encontrar de nuevo á su maestro.

Entonces pudo comprender Sherlock Holmes por que el pillete Ben había llegado á su casa tan rendido de fatiga. Cuando Ben señaló por fin el sitio donde se encontraba la isla, habían recorrido una porción de kilómetros.

Ben colocóse los dedos en la boca, y dió un penetrante silbido. Pocos instantes después deslizábase cautelosamente por entre los arbustos, la silenciosa lancha que había transportado á todos el día anterior.

El «Temerario» estaba solo.

—¿Es este el *gentleman*, Ben?—preguntó el criminal.

—Todo está arreglado; podemos pasar inmediatamente á la isla—contestó el muchacho.

El «Temerario» saltó entonces á tierra y, poniéndose al lado de Sherlock Holmes, dijo:

—¿Quiere usted hacer el favor de pasar á bordo?

Le advierto que el menor ruido puede hacer fracasar nuestros planes.

Sherlock Holmes lanzó una penetrante y fija mirada al bandido, pero éste la sostuvo.

El gran detective, tan conocedor del corazón humano, se dejó engañar por el bandido.

A pesar de que sabía por Ben quién era aquel hombre horriblemente desfigurado por las viruelas, vaciló por un momento, y llegó á suponer que Ben se había equivocado. El gran detective no había nunca encontrado un criminal que pudiera sostener su mirada.

No tardaría el célebre Sherlock Holmes en darse cuenta de que el malvado sabía aprovecharse de las ocasiones que se le presentaban.

El «Temerario» estaba en la orilla, al lado de la lancha, con un remo en una mano y la cadena de la embarcación en la otra.

Sherlock Holmes acababa de pasar al interior de la lancha, y Ben iba á seguirle, cuando un violentísimo puntapié arrojó al pequeño al agua sucia del río, al tiempo que descargaba un golpe formidable, dirigido á la cabeza del célebre detective.

En el momento de caer al agua, Ben dió contra el bote, por lo que le hizo balancear fuertemente, y gracias á esta circunstancia, el detective no recibió el golpe directamente en la cabeza, sino en el brazo izquierdo; sin embargo, el porrazo era bastante recio para dejar al detective sin conocimiento.

Lanzando una carcajada, miró el «Temerario» á su víctima, y luego volvió la vista al río en el que acababa de aparecer la cabeza de Ben.

—Espera, traidor—le gritó el miserable,—ya no traicionarás á nadie más, como lo hubieras hecho con nosotros si no hubiera yo desconfiado de ti.

Ben nadaba con toda fuerza para alcanzar la orilla cuanto antes, pero el asesino levantó el remo en alto, y descargó un fuerte golpe sobre la cabeza del muchacho, produciendo un ruido seco... El cuerpo del infeliz se hundió en el agua dejando un reguero de sangre.

El pobre Ben, el pillete de Londres, había dejado de existir.

El «Temerario» entonces llevó los dedos á la boca,

y lanzó un estridente y sostenido silbido que fué contestado desde la isla.

El cabecilla de la partida de apaches había conseguido deshacerse momentáneamente de sus dos enemigos, matando á uno y dejando al otro privado de

—Atención, inspector; la pista del caso cocheros, en la isla de la Peste. Hay que cercarla; esperen silbido; dense prisa.

El inspector Bird sabía lo que tenía que hacer.

Mientras Sherlock Holmes seguía su camino con



sentido y en su poder, pero el silbido que acababa de dar era su misma sentencia y la de su cuadrilla.

Ya sabemos que el detective había cambiado breves palabras con un funcionario de Scotland Yard. Era el inspector Bird.

Las pocas palabras del detective habían bastado para llamar la atención de su colega, y hacerle obrar con rapidez.

Las palabras que le había dicho Sherlock Holmes, fueron las siguientes:

Ben, corrió el inspector á la primera parada de coches y alquiló uno dirigiéndose á escape á Scotland Yard.

Si cuando el «Temerario» dejó de perseguir á Sherlock Holmes y á Ben, hubiera tardado algunos momentos en llegar á la isla, hubiera podido ver cómo dos grandes lanchas llenas de agentes de policía, á las órdenes del inspector Bird, avanzaban por el río.

Mas el «Temerario» tenía prisa, y no perdió el tiempo, ya que sabía que Sherlock Holmes había puesto sobre aviso á los de Scotland Yard.

—Ahora hay que darse prisa—se dijo el bandido poniéndose á remar.

Por fortuna he podido cazar á la fierecilla. Ahora sabrás lo que te espera; ahora te haré comprender que quien á hierro mata á hierro muere, y que no en vano un mentecato como tú se mete en mis asuntos.

Guardó silencio después para meditar el plan de venganza, y no tardó en tenerlo combinado, esperando con impaciencia llegar á la isla para ponerlo en conocimiento de sus secuaces.

—No podemos quedarnos ya aquí, después de ultimado este negocio—les dijo.—Tenemos todos nuestros asuntos bien arreglados, de manera que no perdemos mucho abandonando esta isla.

Nos precisa marchar; pero escuchad lo que voy á deciros.

Entonces el «Temerario» comunicó á sus aliados el plan que había formado para vengarse del detective, y tal debía ser, que hasta los mismos bandidos, avezados á los mayores crímenes, hombres sin entrañas y sin corazón, palidiecieron al oír las palabras de su jefe...

Movido tal vez á compasión, uno de ellos se permitió hacer una objeción, pero su voz fué ahogada por un imperioso grito del «Temerario».

—¡Silencio! Aquí no manda nadie sino yo, y el que tiene la osadía de oponerse á mis órdenes, sentirá la punta de mi cuchillo entre las costillas. Yo dirijo el trabajo y vosotros no hacéis más que cumplir mis órdenes.

Con esto se dió por terminado el incidente.

El «Temerario» ignoraba, naturalmente, que con el silbido con que había dado aviso á sus compañeros de que el trabajo había salido á medida de sus deseos, había llamado la atención de sus enemigos los policías.

El inspector estaba dando disposiciones para el ataque, cuando uno de los policías exclamó de pronto señalando hacia el interior:

—Permítame que le interrumpa un momento, señor inspector; allí viene el chinito á todo correr; el segundo ayudante del maestro Sherlock Holmes que nos está haciendo señas y da voces, aunque nada se entiende.

—¡Caramba! Tiene usted razón—repuso el oficial.

—Es en efecto el chino que mister Holmes trajo de París. Acerquémonos á la orilla; vamos á ver lo que quiere.

Pocos momentos después el pequeño amarillo estaba junto al inspector, relatándole el crimen que había cometido el «Temerario», y del cual había tenido que ser mudo testigo, sin poder intervenir.

No bien hubo acabado sus explicaciones, cuando volvieron á oír los policías algunos silbidos hacia el río.

Volviéndose entonces á sus hombres, les dijo el inspector Bird:

—Adelante; vamos directamente á la isla y á toda marcha; que coja un remo cada uno, pues creo que no tenemos tiempo que perder si queremos llegar con oportunidad.

Un instante después las lanchas zarpaban á toda velocidad hacia el fatídico islote.

De pronto ocurrió un accidente inesperado.

El inspector estaba derecho en el bote que iba delante. Resonó un disparo desde la isla, el inspector extendió los brazos, y lanzando un grito, cayó al agua desapareciendo en ella.

Aterrados por la pérdida de su jefe, los policías se detuvieron; dos ó tres se arrojaron al agua para recoger al herido, mientras que los demás palidieían y volvían los rostros hacia la orilla.

Un segundo disparo resonó.

—¡Esos infames nos matan aquí como si fuéramos conejos!... ¡Estoy herido!—exclamó el timonero de la segunda lancha.

Sin que nadie hubiera dado orden alguna, los policías retrocedieron hacia tierra. Desde la isla fueron disparados otros tiros sin que, afortunadamente, dieran en el blanco.

Los que se habían lanzado al agua para salvar al inspector, reaparecieron en la superficie con él, diciendo que estaba ileso.

El inspector Bird llevaba un reloj antiquísimo, de gran tamaño y consistencia, de tal modo que en diferentes ocasiones había sido la risa de sus compañeros. Las tápas del reloj eran de plata y muy gruesas, gra-

cias á cuya feliz circunstancia, la bala no pudo penetrar en el cuerpo del oficial, si bien la alhaja quedó inservible para siempre.

Lo que había hecho caer al inspector fué el susto y la emoción recibida al sentirse el golpe, por lo que se creyó herido.

—¿Por qué vuelven ustedes?—preguntó Bird á respuesta, cuando puso pie á tierra.

—Field está herido, y nos han hecho una descarga cerrada—dijeron los asustadizos policías.

—¿Y vamos á esperar por ello á que esos caballeros tengan á bien suspender las hostilidades? Acuérdense ustedes de que son hombres de quienes está orgulloso Scotland Yard entero. ¿Vamos á consentir que el gran Sherlock Holmes, que por lo visto ha hecho ya más que nosotros en este caso, nos eche en cara que ni siquiera hemos servido para prestarle auxilio?

Pónganse ustedes los revólveres en la mano, y, si disparan, fuego á ellos y adelante. Hemos de demostrar que sabemos quedar vencedores.

Esta corta arenga produjo su efecto, pues los hombres, enardecidos, volvieron á embarcar, remando otra vez hacia la isla. No volvieron á sonar disparos.

—Seguramente esos canallas han aprovechado nuestro retroceso para...

Bird no pudo continuar. Cinco detonaciones cundieron por el espacio; las lanchas quedaron paradas.

El inspector Bird oyó ayes lastimeros de sus hombres... á pesar de que por un verdadero milagro ninguna de las balas había causado el menor daño.

Entonces se ofreció á los policías un espectáculo horrible.

A la luz de la hoguera veíanse atados fuertemente en una puerta de encina á Sherlock Holmes y Harry Taxon.

A pocos pasos de distancia de ambos, estaban los criminales tirando cuchillos abiertos á los atados, procurando clavarlos en el cuerpo, aunque por fortuna, debido á la poca práctica de los malvados, los aceros pasaban por los lados.

Los policías, entretanto, llegaban ya muy cerca de la isla.

Entonces gritó el «Temerario»:

—Si avanzáis un solo paso, os vais al diablo.

¿Quién de vosotros es el que manda la expedición?

—Paréceme, señor criminal, que habéis de saber, antes de conseguir vuestros fines, quién es el inspector Bird. Amigo, esta vez habéis jugado en falso y vais á perder la partida.

—Hola, amigo Bird—repuso el «Temerario» en son de mofa.—Hacía ya tanto tiempo que no nos habíamos visto, que casi no le hubiera conocido. Ha engordado usted mucho.

—Basta de tonterías, y vamos á tratar el asunto seriamente; rendíos todos ó vais á pagarlo caro.

Por toda contestación, el horrible asesino soltó una carcajada.

Entonces vió el inspector que al lado del «Temerario», en el suelo, había un interruptor eléctrico del que salían varios hilos en dirección al agua.

Bird comprendió lo que significaba aquello. Era una mina que en caso de explotar, volaría las dos lanchas con todos sus tripulantes.

El criminal tenía ya el pie levantado para tocar el interruptor, cuando se oyó un ruido sordo, un golpe... todos quedaron aterrados.

Sin hacer un movimiento cayó el «Temerario» desplomado, junto al agua.

Tenía en el pecho clavado un cuchillo hasta el mango; la hoja tenía una forma especial.

Antes de que los criminales pudieran reponerse del terror que de ellos se había apoderado, sintió el detective que le habían cortado las cuerdas que le sujetaban, al tiempo que oía la voz de Wang:

—Maestro; no enfadarse; Wang seguido cuando maestro trabajar.

Con gran rapidez quedaron cambiados los papeles. Uno de los criminales quiso tocar el interruptor para hacer estallar la dinamita, pero en el mismo instante fué alcanzado por una bala de Sherlock Holmes.

Wang, entretanto, había soltado también á Harry. Los botes atacaron, y pocos minutos después la victoria de los policías era completa. Ninguno de los bandidos logró escapar.

El certero cuchillo de Wang, había atravesado el corazón del «Temerario».

El detective tenía más interés por la mujer prisionera que por los bandidos á quienes habían reducido los agentes.

Wang había cortado también las ligaduras á la joven, pero el cuerpo de la infeliz cayó al suelo como plomo.

En el bolsillo de la muerta encontró Sherlock Holmes algo que había de ayudarle á poner en claro los misteriosos asesinatos de los cocheros. El hallazgo de referencia le indicaba por qué aquella joven de tan rara hermosura había asesinado á tantos hombres, y también á la infeliz domadora de fieras en el asilo de beneficencia.

El mismo hallazgo demostró también al detective que la pista que seguía y que le conducía á Munich, no era falsa.

El objeto encontrado era un saquito de cuero, como los soldados acostumbran llevarlos á guisa de monedero, suspendido del cuello.

En la bolsa de referencia, cuya cuerda estaba efectivamente cortada tal como había supuesto Sherlock Holmes al examinar el cadáver encontrado en el asilo de pobres, no se encontraban más que dos objetos, en apariencia insignificantes; un pendiente en forma de cráneo y un trozo de cuero que no parecía tener valor alguno, pues las señales que en él se veían no podían ser consideradas como artísticas ni adornos.

No obstante Sherlock Holmes comprendió seguidamente que aquellos dos pequeños objetos habían sido la causa de todos los asesinatos, si bien por el momento no podía aún averiguar lo que significaban. De esto se hablará en sucesivos cuadernos.

Título del cuaderno próximo:

## *La viuda roja de París*

F. GRANADA Y C.<sup>A</sup>, EDITORES • DIPUTACIÓN, 344, BARCELONA

# LA ACTUALIDAD

REVISTA MUNDIAL DE INFORMACIÓN GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL

Año V de su publicación

LA MÁS BARATA, MÁS EXTENSA, MÁS AMENA Y MÁS VARIADA DE ESPAÑA

REGALA UN

## DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA LENGUA CASTELLANA

profusamente ilustrado

♦♦ ¡¡ 20 céntimos!! ♦♦♦♦ 36 páginas profusamente ilustradas ♦♦♦♦ ¡¡ 20 céntimos!! ♦♦

SUSCRIPCIÓN . . . . .	{	ESPAÑA . . . . . 2'50 pesetas trimestre	}	NÚMERO SUELTO, 20 céntimos
		PORTUGAL . . . . . 12 pesetas al año		
		EXTRANJERO. 15 francos al año		

Se enviara GRATIS un número a quien lo solicite

BARCELONA.—Redacción y Administración: Diputación, 344. Talleres: Paseo San Juan, 54 • Teléfono 2108

# Colección Villemanns

Elegantes volúmenes, con cubiertas en colores, á 0'50 pesetas uno

¿Quiere V. aprender Francés?

¿Quiere V. aprender Inglés?

¿Quiere V. aprender Italiano?

¿Quiere V. aprender Alemán?

¿Quiere V. aprender Esperanto?

¿Quiere V. aprender á hacer versos?

¿Quiere V. aprender juegos de prendas?

¿Quiere V. aprender á dibujar? (Primera parte, línea recta).

¿Quiere V. aprender á dibujar? (Segunda parte, línea curva).

¿Quiere V. aprender el secreto de los sueños?

¿Quiere V. aprender á jugar al ajedrez?

¿Quiere V. aprender á bailar?

## Obras de RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

	Sonata de Primavera. . . . .	2	Ptas.	
	Sonata de Estío . . . . .	2	>	
	Sonata de Otoño . . . . .	2	>	
	Sonata de Invierno . . . . .	2	>	
	Agulla de Blasón . . . . .	3'50	>	
	Romance de lobos . . . . .	3'50	>	
	El Marqués de Bradomín. . . . .	3'50	>	

Estas obras se envían á vuelta de correo á quien las desee, mediante el envío de su importe y 25 céntimos más del certificado. El importe se puede enviar en sellos corrientes de franqueo ó libranza del Gire mutuo.

Pídase en todos los kioscos

# Lord LISTER (a) John C. Raffles

GENIAL Y HÁBIL REY DE LOS LADRONES

Implesable con los asesinos y usureros, protector de la inocencia perseguida y apoyo constante de la verdadera honradez.

PERFECTO Y REFINADO GENTLEMAN

persegue en todas partes la deficiente legalidad y justicia, valiéndose de las mismas fechorías de los criminales, cuyas hazañas supera con admirable acierto, teniendo siempre de su parte a los hombres de la más estricta moralidad

¿Quén  
le conoce?

Esta es la preocupación cons-  
tante de Scotland Yard ♦♦♦



¿Quién  
le ha visto?

Tal es la continua obsesión del  
público londinense ♦♦♦♦

Se publica un cuaderno semanal de 32 páginas  
ilustradas, con cubierta en colores, al precio de

## 25 céntimos

### TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

- |   |  |   |
|---|--|---|
| 1. El Incógnito misterioso.             | 29. El alquimista.                         | 42. Venganza involuntaria.                  |
| 2. El castigo de un joyero falso.       | 30. El secreto del anillo.                 | 43. El cometa misterioso.                   |
| 3. Un robo en el Palacio Real.          | 31. El tesoro sagrado del Siwa.            | 44. El collar de la «cocotte».              |
| 4. El tesoro en un sarcófago.           | 32. El presidente del Banco.               | 45. La doncella raptada.                    |
| 5. El negro en el «boudoir».            | 33. El inspector Baxter en un manicomio.   | 46. El paladín de la moralidad.             |
| 6. Estratagemas de un banquero.         | 34. El número R. 100.                      | 47. El fusil del negro.                     |
| 7. El príncipe jugador.                 | 35. El club del Rey.                       | 48. El collar de perlas de la dama.         |
| 8. En las catacumbas de París.          | 36. El enigma indio.                       | 49. Oro mejicano.                           |
| 9. Dinero y amor.                       | 37. El Presidente de las Colonias.         | 50. Los piratas de la Bolsa.                |
| 10. La imagen de la India.              | 38. Los cuatro padres.                     | 51. El ladrón incorregible.                 |
| 11. Los diamantes del duque de Norfolk. | 39. Muerte piácida.                        | 52. El tesoro del Roghi.                    |
| 12. Tesoros sumergidos.                 | 40. «La Trompeta de Alarma».               | 53. Un viaje de bodas.                      |
| 13. El asalto en el «sleeping».         | 41. Raffles y el jefe de la policía china. | 54. El palacio de las musas de Santa Elena. |
| 14. El falso sargento detective.        | 42. La reina de los diamantes.             | 55. Una grada de la escata de Jacob.        |
| 15. El apóstol de plata.                | 43. Un robo en un museo.                   | 56. El propietario del «Delfín».            |
| 16. Entre los «vachos» de París.        | 44. El palacio de Belgrado.                | 57. Entre la honra y el crimen.             |
| 17. El Don Juan castigado.              | 45. La hermosa dama.                       | 58. El tesoro de Estado.                    |
| 18. El misterio de los niños mutilados. | 46. El demente de Hanwell.                 | 59. Bajo la bandera roja.                   |
| 19. El heredero de Eaglestone.          | 47. El falso saltador.                     | 60. El príncipe de Georgia.                 |
| 20. El amo rojo.                        | 48. Dos que apuestan sin ganar nada.       |   |
| 21. Entre las ruinas de Mesina.         |  |   |

CADA CUADERNO UN EPISODIO COMPLETO

**Administración: F. GRANADA Y C.<sup>A</sup>, Editores ♦ Diputación, 344, BARCELONA**

REPRESENTANTES

**Madrid: José Lerín, Abada, 22.—Valencia: Vicente Pastor, Victoria, 11, pral.—Zaragoza: Angel Villamarín, S. Miguel, 20  
Buenos Aires: Pascual Mediano, Brasil (entre Lima y General Hornos), frente a la estación del Sud**